Revista Análisis

Crónicas inolvidables

Juan Pablo Cárdenas Squella

Premio Nacional de Periodismo

Revista Análisis: crónicas inolvidables
© Juan Pablo Cárdenas Squella, 2025
Todos los derechos reservados

ISBN: 978-956-396-383-0

© Editorial Cuarto Propio
Valenzuela Castillo 990, Providencia
www.cuartopropio.com

Diseño y diagramación de
interiores y portada: Francisco Cárdenas
Imagen de portada: Archivo Análisis

Impresión: CIPOD
IMPRESO EN CHILE / PRINTED IN CHILE
1era. edición, 1000 ejemplares, septiembre 2025

Queda prohibida la reproducción de este libro en Chile y en el exterior sin autorización previa de la Editorial.

"El pasado no está nunca muerto o enterrado.
De hecho, ni siquiera es pasado".

William Faulkner

"Qué vergüenza me da la historia política de Chile.
Qué bochornos me hace pasar cuando leo sus libros de Historia.
Siento vergüenza por su dignidad pisoteada-acuartelada:
'A palo y bizcochuelo' la oligarquía ha gobernado mi país".

José Alberto de la Fuente

Índice

Prólogo 9
Necesaria introducción 11
Nosotros los de ahora y siempre 19
El fuego 23
La comandante Cielito 25
La implacable vejez 29
Cuando la militancia era norma 33
Nuestros intensos "carretes" 37
Con la modernidad 41
Los cien primeros 45
Con las armas del humo 49
Periodistas alemanes 53
Nuestras atrevidas compañeras 57
Libros y Teleanálisis 61
Audacia en la circulación 63
El instructivo de la protesta 67
Lumpen político 71
García Márquez y Vargas Llosa 77
El "Manuel" de Estilo 81
Una bochornosa transgresión ética 85
Las becas diplomáticas 87
Corromper a los periodistas 93
Época de grandes referentes 97
Con Bolívar en la mente y el corazón 107
Preso en democracia 109
Fuerza, compañero 113
Huelga de hambre 119
La estupidez humana 121
Anexo fotográfico 125

Prólogo

Víctor Hugo de la Fuente*

Juan Pablo Cárdenas nos entrega en este libro trazos de la historia de la revista *Análisis*, una publicación que fue fundamental en la lucha contra la dictadura y que defendió, con muchos sacrificios, el periodismo libre. Sufrió el asesinato de nuestro compañero José Carrasco Tapia, prisión para muchos de sus periodistas, quema de la casa del director, censuras y amenazas, sin jamás rendirse.

Juan Pablo, su director, nos entrega datos importantes y cuenta muchas anécdotas significativas de un equipo de periodistas que conjugaron muy bien la importancia que tiene la dirección de una publicación con el trabajo colectivo, un equipo que creó sólidos lazos que, en lo fundamental, se mantienen hasta hoy.

Este libro también está hecho con humor, algo que nunca faltó en la misma revista *Análisis*, como nos detalla Juan Pablo en uno de los capítulos de este libro.

Hay que destacar que, además de una línea editorial clara y muy valiente, *Análisis* tenía una elevada calidad redaccional, muchos hechos verificados y pocos adjetivos.

Recuerdo que, al integrarme a la Revista, a comienzos de 1988, el primer artículo que entregué lo editó María Olivia Mönckeberg y le hizo varias correcciones, todas con absoluta razón. Yo venía de años de trabajo en Radio Tirana, Radio Francia Internacional y de corresponsal de Radio Cooperativa, acostumbrado a redactar textos que yo mismo leía. Es bastante diferente escribir notas para una radio que textos

largos para una revista de calidad, que implica un trabajo de redacción más elaborado.

Si hubiese que elegir una palabra para definir a la revista *Análisis*, creo que esta sería RESISTENCIA. Resistencia a la dictadura; resistencia a las presiones, a las clausuras, a la represión en todas sus formas y así lo hizo la publicación en su conjunto y cada uno de sus periodistas, dejando un legado profesional ejemplar de ética.

Recordar la revista *Análisis* en la situación mediática de hoy, en que prácticamente no existen ya revistas impresas, parece algo increíble. Como que en los últimos años de la dictadura se vendieran, por decenas de miles, revistas opositoras como *APSI*, *Cauce*, *Hoy*, *Análisis* e incluso dos diarios: *La Época* y *Fortín Mapocho*. Publicaciones que los suplementeros destacaban en los quioscos, que hoy casi solo pueden mostrar unos pocos diarios de cadenas, *El Mercurio* y *La Tercera*, los únicos que autorizó el Bando nº 15 de la dictadura el 11 de septiembre de 1973 y que, en la práctica, sigue vigente hoy.

*Director de la edición chilena de *Le Monde Diplomatique*.

Necesaria introducción

El tiempo no pudo estar mejor. Estamos al borde del otoño y los pronósticos de lluvia ponían en peligro nuestro encuentro. Sin embargo, el sol nos acompañó todo ese domingo hasta que recién el lunes se desató la lluvia y hasta llegó a teñir de blanco las altas cumbres de nuestra cordillera.

Vinieron a nuestra casa de El Tambo veinte excompañeros de la revista *Análisis*. Nos habíamos juntado algunos meses antes en Santiago, en casa de Marcia Scantlebury, y ahora se nos ocurrió reunirnos en el campo, donde Patricia, yo y algunos de mis hijos vivimos desde los tiempos de la Dictadura. Han pasado más de cuarenta y siete años desde que volcamos nuestra juventud en *Análisis*, publicación que creamos los periodistas para "romper el bloqueo informativo" impuesto por Pinochet. Una revista que no acató nunca la censura previa, que muchos no entendían que fuera posible y que, sin embargo, se convirtiera en uno de los primeros frentes de lucha en el combate al Tirano y en la promoción de la democracia y la defensa de los derechos humanos.

Recién hace algunas semanas tuve que contradecir a un colega que, junto con asignarle mucho valor a lo que hicimos, calificó a nuestro medio de izquierdista… No es así, le corregí, *Análisis* fue una publicación disidente, pero no de izquierda. Quienes trabajamos allí fuimos jóvenes de las más variadas militancias. Yo mismo, a la sazón, era demócrata cristiano, pero en realidad había de todo: socialistas, comunistas, miristas, librepensadores y creyentes. Nuestro común denominador era ser

periodistas que nos resistíamos a ser manipulados por los partidos o los dueños de los medios de comunicación. Nos dimos el lujo, incluso, de sumar como colaboradores a dos eminentes figuras de la derecha republicana. A Julio Subercaseaux y a Armando Jaramillo, exparlamentarios del Partido Conservador y del Liberal, respectivamente.

Con ellos también incorporamos a nuestra redacción a sacerdotes, masones, sindicalistas, como a múltiples escritores y artistas. Todos en el compromiso de trabajar por la unidad política y social del pueblo para combatir al régimen militar. En nuestro encuentro en El Tambo recordamos a varios periodistas y columnistas fallecidos. A Alfonso Alcalde, notable cronista, y a Andrés Sabella, a quien Pablo Neruda lo definiera como el gran poeta del norte, así como él lo era del sur. Al destacado periodista Mario Planet, cuyos artículos internacionales nos asombran hasta hoy por su arrojo y vigencia. Al valiente historiador Armando de Ramón y a dos destacados clérigos como el obispo Jorge Hourton y Fidel Araneda, deán de la Catedral de Santiago, que por un tiempo tuvieron que dejar de escribir hasta que se le pasara el enojo al Nuncio Apostólico, quien fuera denunciado por un artículo nuestro por sus operaciones para remover al cardenal Raúl Silva Henríquez. Un arzobispo que siempre apoyó nuestro esfuerzo y nos impartiera su bendición apostólica guardando prudente distancia. Cómo no recordar, además, a un Sergio Palacios, notable redactor cultural, que se cayera desplomado y sin vida al pedir la palabra desde la platea en que presenciaba un foro. Modesto y sabio redactor cuyo sitio en *Análisis* tomara Luis Cecereu, tan versado como Sergio.

Desafiando todos los derechos de autor, sumamos a nuestras páginas a Eduardo Galeano, al que invitamos después a Chile para brindarnos una conferencia ante una concurrida presencia que desafió la prohibición de las autoridades. Así como también copiamos y trajimos al novelista argentino Osvaldo Soriano quien nos confesó que nunca se levantaba antes de las 11 o 12 del día, lo

que contrariamos con el programa de actividades que le habíamos organizado. Asimismo, reproducíamos los escritos de Gabriel García Márquez, aunque su celadora nos amenazara con querellas que nunca se produjeron, porque al Premio Nobel también lo tuvimos en nuestra revista, entre las numerosas personalidades internacionales que nos visitaban.

Especial mención hicimos de Luis Sepúlveda que muriera por el COVID-19 y nos honrara con tantas crónicas y columnas. A él lo conocí en un viaje a Hamburgo a fines de los ochenta, desde donde me trajera su reciente libro *El viejo que leía novelas de amor*. Texto que imprimimos con éxito bajo nuestro sello editorial Emisión y cuyos últimos ejemplares fueron comprados por el mismo Lucho en las librerías de Santiago, cuando obtuvo un contrato de exclusividad en Francia que le exigía no haber publicado antes esta obra, aunque fuera aquí en el fin del mundo.

Por todos ellos brindamos y sumamos en nuestros recuerdos a varios otros. A dos de nuestras queridas secretarias, a la Rommye, que observaba todo desde la portería, a Norma Parra y a la entrañable Teresa Izquierdo, que llegó a la Revista sin siquiera saber escribir a máquina, pero que asumimos por su entusiasmo y compromiso. Nos pusimos de pie para brindar por el Pepe Carrasco, que fuera ultimado brutalmente por los militares la misma noche del frustrado atentado a Pinochet. Todavía derramamos lágrimas por él y yo, particularmente, recordé algunas de sus visitas al campo, donde disfrutaba elevando volantines y preparando sus apetecidos choripanes. Porque nunca dejó de ser niño…

Me acordé, también, que lo reclutara para *Análisis* en una visita a Venezuela y Cuba, donde tuve el gusto de conocerlo. Vi en sus ojos su deseo de volver a Chile, luego de largos años de exilio. Lo esperé en Pudahuel y con la emoción del abrazo de recepción me dijo que no debíamos llorar: "estos huevones de los milicos no deben nunca vernos llorar".

Noté especialmente en los rostros de las compañeras periodistas lo que les provoca todavía su recuerdo y no pude dejar de pensar que, entre todos nosotros, fue el principal seductor. De su vida y homicidio se ha escrito mucho, pero no podemos dejar de pensar que al Pepe lo mataron con saña, de catorce balazos, al borde del cementerio Parque del Recuerdo, después de secuestrarlo de noche en su casa en presencia de Silvia y sus hijos, advirtiéndole que no se pusiera sus zapatos "porque ya no los volvería a usar".

Entre todos sumamos a todos los que se nos han ido. A Iván Badilla, por ejemplo, a cuyo velatorio asistimos en medio de una fiesta en que se bailaba salsa en torno a su féretro que, además servía de mesa en medio de su modesto departamento. Recordé que nos retiramos con Patricia después de reprochar tamaña profanación, aunque se nos dijo que su última voluntad era que su funeral fuera alegre y al son de la música tropical que tanto gustaba a muchos de los que volvían del exilio.

A no dudarlo, todos estamos muy viejos. Este encuentro en el campo sirvió para comprobar los estragos de nuestra vejez, pero que felizmente mantienen casi incólumes nuestros ojos y miradas. Me dediqué a observarlos uno por uno, tal como ellos deben haberlo hecho conmigo. Aunque ya nos cuesta levantarnos de las sillas, apurar nuestros trancos y mantenernos erguidos, lo cierto es que en este encuentro me sentí como en nuestras reuniones de pauta, donde llovían las ideas, los comentarios hilarantes. Curiosamente, esta vez no hablamos de enfermedades y nadie se quejó de sus infortunios, los que todos llevamos en mayor o menor intensidad. Lo más curioso es que tampoco se habló mucho de política, seguramente porque en todos impera una gran desilusión al respecto. Creo que todos pensamos que esta no era la democracia que soñábamos, escribíamos y vitoreábamos en las marchas y movilizaciones de entonces.

¿Habrá valido tanto esfuerzo, riesgos y dolores?

Es tenue el cambio que experimentamos los chilenos y muy pobre conforme a lo que ambicionábamos. Es cuestión de releer las amarillas páginas de *Análisis*, repasar lo que escribimos y sorprendernos tanto por lo que dijeron nuestros entrevistados, convertidos después en funcionarios de gobierno, diputados y senadores. Comprobar ahora sus inconsecuencias y traiciones. Observar, por ejemplo, la relatividad que han adquirido los derechos humanos que tanto proclamábamos, la vergüenza que nos provoca que se declaren defensores del Estado de derecho que en sus lineamientos esenciales es el heredado de la Dictadura. En lo económico y en lo institucional. Comprobar la desigualdad social que reina y se manifiesta en la profunda inequidad que hoy existe en la población. Porque, aunque se diga que superamos la extrema pobreza, ahí están la lacerante realidad de los campamentos, de los sin casa; las enormes listas de los que esperan atención médica y la cantidad de niños sin escuela.

Terrible es también comprobar la ignorancia de nuestra población, la pobrísima cultura cívica que, si no existiera el voto obligatorio, preferiría abstenerse de sufragar. Y para qué decir la liviandad de nuestra televisión, la pobreza de publicaciones en los quioscos y la vergonzosa concentración informativa que lleva al pueblo poco a poco a añorar un régimen fuerte, que combata férreamente la delincuencia común y, por cierto, sea complaciente con los infractores de cuello y corbata, como se dice.

Si no fuera por el internet y las redes sociales, la desinformación sería todavía más patética. En que personajes como Milei, Bukele y el mismo Trump gozan de alto prestigio en la (in) conciencia colectiva.

El día de nuestra junta en El Tambo coincidíamos que nunca había sido más mediocre nuestra clase política, en cómo se

notaba la ausencia de nuestros antiguos presidentes y legisladores. En cómo la corrupción y la impunidad estaban reinando en un país que hasta hace algunas décadas se ufanaba de tener políticos probos, aunque en los tribunales siempre reinó la venalidad de los magistrados. Por algo es que los jueces fueron los primeros en legitimar el Golpe y hacer caso omiso del terrorismo de Estado.

Grandes empresarios que tienen de marionetas a muchos políticos, partidos de extrema pobreza ideológica y para mayor abundancia, graves corrupciones al interior de las iglesias, las policías, los cuarteles y hasta en los bomberos, donde se han descubierto pirómanos dedicados a incendiar poblaciones pobres y bosques.

¡Vaya mundo el que hoy nos rodea! Qué lejos está de nuestras quimeras de juventud y de las esperanzas que los periodistas sembramos en el pueblo. Pero con frecuencia pienso que nuestras utopías siguen presentes en muchas consciencias. Lo noté en nuestra reunión de *Análisis*, en la forma que todos añoramos lo que hicimos y en la profunda amistad que hemos consolidado entre nosotros, después de tantas décadas y vicisitudes. Lo veo también en los que siguen luchando, como en algunos abogados, entre ellos, por ejemplo, Nelson Caucoto y Jorge Mera, que nos defendieron tantas veces ante las fiscalías militares y los jueces abyectos. Mientras otros pasaron a integrarse al orden establecido y hoy defienden a empresarios inescrupulosos, jueces y políticos sucios. Excomunistas que incluso hipócritamente se ufanan de su antigua militancia.

Se dice que las amistades decrecen con el tiempo. En nuestro caso no solo nos mantenemos en el cariño los de entonces, ya que hemos sumado a decenas de jóvenes periodistas y universitarios que siguen indagando en lo que hicimos, cómo lo logramos y cómo terminamos cuando desde el propio gobierno democrático de Patricio Aylwin se urdió una operación para acabar con todos los medios disidentes de la Dictadura. No podía aceptarse que los mismos medios y periodistas que combatieron la opresión pasa-

ran a constituirse en los principales vigías de la Posdictadura. Lo que resultara cierto, aunque muchos no podamos expresar como antes todo nuestro descontento a consecuencia de nuestras revistas ultimadas. Por el silencio que se nos impuso para complacer, "seducir" (como se dijo) a *El Mercurio* y los otros medios que sirvieron al quiebre institucional de 1973.

Fue un día memorable el que tuvimos en el campo. Terminamos entre lágrimas al recordar nuestros afanes de juventud y las que acicateó también el estado etílico, aunque ahora a nuestras edades ciertamente bebemos mucho menos que antes.

La despedida fue apresurada, nerviosa, feliz y triste, a la vez. Pero, al despedirnos, Fernando Paulsen nos propuso juntarnos una vez al año, lo que puede ser demasiada espera entre los que tenemos más de setenta años.

Las negras y movedizas nubes nos advertían que teníamos que concluir nuestra cita.

Nosotros los de ahora y siempre

"Y aunque no quise el regreso siempre se vuelve al primer amor"

(Del tango «Volver» de Carlos Gardel)

Y como siempre ocurre, ahora nos invaden las fotografías y los WhatsApp relativos a nuestro encuentro. Veo que nadie quiere cortar el cordón umbilical que restauramos. En estas algunos nos vemos más viejos de lo que creíamos, pero la Patricia me señala que varios se ven mucho mejor pese a su edad.

Las fotografías no dan cuenta de las respectivas procesiones que los viejos llevamos por dentro, como me lo advirtiera nuestro amigo Víctor Pey, al cumplir sus cien años, razón por la cual lo homenajeáramos en el Salón de Honor de la Universidad de Chile. Víctor falleció sin recibir de los gobiernos "democráticos" la debida indemnización por la expropiación de su diario *El Clarín* durante la Dictadura. Todavía, después de una sentencia arbitral internacional que los favorece, los herederos del diario de mayor circulación en la historia de Chile no reciben compensación alguna. Tampoco las nuevas autoridades quisieron exponerse a la posibilidad de que *El Clarín* volviera a circular y a denunciar las injusticias y abusos del poder. ¡Otra vergüenza!

El paso se nos ha hecho rengo y cansino. Los dolores de las articulaciones campean y en la mayoría, los insomnios se hacen muy odiosos. Sin embargo, los espíritus y el alma no se dejan arrastrar por las enfermedades. La edad mental la llevamos mucho más en nuestro pasado que en el presente, aunque la muerte pasa

a ser tema de conversación frecuente. Pero ni tanto: más nos anima hablar sobre la cantidad de veces que nos arriesgamos y salvamos con vida. De los escapes por los tejados ante la llegada de la policía, de las veces que creímos ser sofocados por los gases lacrimógenos, sobre los incendios y múltiples acosos a nuestras casas. Aquí mismo, en El Tambo de San Vicente de Tagua Tagua, vimos quemarse dos veces nuestra casa y quienes ahora nos visitaron demostraron curiosidad por saber dónde estaban ubicadas estas en su tiempo y cómo fue todo reducido a escombros por acción de la CNI, cuestión que quedara acreditada en tribunales. Lo que pocos saben es que los carabineros que investigaron estos atentados vinieron a informarnos que ya le habían proporcionado al Gobierno la nómina de culpables, pero el subsecretario del Interior de Patricio Aylwin me citó a La Moneda para pedirme que desistiera de recurrir a un juicio. Las relaciones cívico militares eran frágiles, me dijo, y la certeza de quienes habían provocado los incendios podía afectar la "recuperación democrática". No se me ocurrió, entonces, pedirle al Gobierno que me repararan el daño recurriendo a los altos gastos reservados que heredaron.

Tiempo después, ante la Comisión Valech que investigó sobre los presos y torturados de la Dictadura, la oficial designada a mi hijo Juan Pablo, después de conocer lo que habíamos enfrentado, nos hizo ponernos de pie para pedirnos perdón a nombre del Estado de Chile. Ambos, por supuesto, nos emocionamos mucho y estando en el centro de Santiago nos fuimos a comer unas sabrosas empanadas fritas en el Bar Nacional, restorán que tanto añoramos desde las provincias.

Dicho sea de paso, el acoso nos afectó no solo a los periodistas y personal administrativo de *Análisis*. Nuestros cónyuges, parejas, padres e hijos también sufrieron los rigores de las amenazas, seguimientos y atentados. Quienes estuvimos presos sufrimos del encierro, pero por sobre todo del sufrimiento e incertidumbre respecto de nuestros seres queridos. Siempre recordaré el llanto de mi hija cuando al visitarme en la cárcel me vio despojado de mi barba, la que nos obligaban a rasurar al encargarnos reos.

Cómo no recordar, también, el dolor que nos produjo a todos contarle a Silvia Vera del homicidio del Pepe.

En nuestro encuentro de *Análisis*, concurrió igualmente un Sergio Santos que ha llegado a los 80 años con la alegría de siempre, pese a haber sido brutalmente torturado. Lo mismo que nuestra querida Marcia Scantlebury, por largo tiempo presa en Villa Grimaldi y en Tres y Cuatro Álamos, donde fue sometida a los más crueles tormentos. ¡Qué horror habrá sido para ellos y sus familiares!

El fuego

Desde hace algunos años el país se conmueve por la cantidad de incendios que nos afectan en todo el territorio. Centenares de personas y viviendas han sido abrazadas por las llamas, y lo peor es que va quedando en evidencia que muchas de estas tragedias son provocadas intencionalmente. El propio Cuerpo de Bomberos ha descubierto a algunos pirómanos entre sus integrantes y en los tribunales ya hay varios imputados. Gente joven en su mayoría cuya acción no sabemos qué sentido tiene, con qué objeto provocan estas desgracias. Se teme, en todo caso, que pudieran tener motivaciones políticas, lo que augura que la situación pase de grave a gravísima, como muy difícil de controlar.

No se descarta que los incendios forestales del sur puedan ser acción de grupos que descubren en ellos una forma de luchar contra el negocio instalado en sus propiedades ancestrales, y que no tienen reparo alguno en talar bosques con especies autóctonas de lento crecimiento a fin de replantarlas con otras que son nocivas para la flora y fauna nativa.

Tal como lo hicieron mis compañeros de *Análisis*, quienes vienen a mi casa muestran siempre curiosidad por saber cómo nos vimos con los dos incendios que sufrimos durante la Dictadura y que he relatado en otros escritos. Pero de lo que nos cuesta más hablar es del impacto que nos ocasionaron esos escombros, donde con mis hijos íbamos descubriendo sus juguetes, muñecas, libros y otros a medio quemar y todavía humeantes. Yo tenía la costumbre de llegar siempre de mis viajes con muñequitas para mi

hija que ahora veíamos desfiguradas por el fuego y el agua. Una de las que se salvó, no sabemos cómo, reposa sobre nuestra cama hasta el día de hoy, por lo que más de alguien debe pensar que ello pueda ser indicio de una demencia senil. Sobre todo, cuando me pillan peinándola.

Por lo anterior es que nos demuele emocionalmente observar por la televisión los incendios que se suceden con tanta frecuencia. Contemplar cómo se destruyen los mobiliarios de las familias, las modestas adquisiciones que tanto les han costado. Y no dejo de pensar cada vez en esos juguetes que perdieron mis hijos y en esos libros quemados que no pudieron ser salvados por los bomberos a requerimiento expreso del único hijo que se encontraba en casa y no había podido ir al colegio ese día. "¡Salven el piano y los libros del Tata antes de cualquier otra cosa!". Aunque en el balance final al menos doscientos de ellos sucumbieron con las llamas y el agua, el piano arrugó su barniz y mi hijo José Manuel solo se quedó con el pijama que vestía en ese momento. Todo por obra y gracia de los valientes soldados que, como dice nuestro Himno Nacional, "han sido de Chile el sostén".

Lucho Sepúlveda observó lo que salvé de mi biblioteca y cómo entre los que escaparon del fuego había algunos ejemplares a medio quemar que quisimos conservar por su valor literario. Lucho bautizó entonces mi escritorio como "Torquemada", haciendo gala del humor negro que en su tiempo tanto prosperaba y escribió una crónica aludiendo a esto.

La comandante Cielito

Sin remordimiento alguno debemos reconocer que quienes trabajamos en *Análisis* tuvimos siempre una estrecha relación con los luchadores clandestinos, con los que retornaban a Chile a luchar y morir y buscaban protección y "cobertura". Con los que caían presos, por supuesto, y nos obligábamos a ir a verlos a las cárceles. Fuimos periodistas que el MIR, primero, y el Frente Patriótico Manuel Rodríguez, después, nos depositaron mucha confianza. Cómo no recordar que fuimos los primeros en arriesgarnos a visitar a los fusileros que atentaron contra Pinochet y que después de sufrir horrendas torturas ya se encontraban en libre plática a la espera de ser procesados y condenados. Nuestra presencia los alegró mucho, pero nos llenaron de advertencias por lo que podía sucedernos después.

Ciertamente allí estaban completamente vigilados y muy probablemente quedaron grabadas nuestras conversaciones en que para nada nos privamos de felicitarlos y lamentar el fracaso de ese justo magnicidio. Pamela Jiles y Mónica González eran los contactos predilectos con todos estos combatientes, por lo mismo que no haré más comentarios al respecto. Ahora que la primera es diputada de la República y, la segunda, Premio Nacional de Periodismo.

Con Fernando Paulsen recordaremos siempre la compleja operación que armó el Frente para que fuéramos a entrevistarnos con su dirección clandestina. Enfrentamos todo tipo de vericuetos: dos veces nos cambiaron de autos, siempre vendados los ojos y acostados en el suelo. Después de un largo recorrido por

la capital, llegamos a una casa en un barrio acomodado que, por supuesto, nada tenía parecido a una guarida. La conversación con ellos fue muy amistosa, pero no nos aportó mucho más allá de comprobar que existían realmente, que tenían una buena organización y que entre los anfitriones se encontraba una joven mujer que lucía unos hermosos y luminosos ojos azules por la mirilla de su pasamontaña.

Esto fue, en realidad, lo que nos impresionó más de esa velada. Al salir de allí la bautizamos como la Comandante Cielito y hasta ahora no hemos podido saber de quién se trataba. Deslumbrantes ojos y espigada figura, aunque nunca habló y solo se limitó a llevarnos del brazo al auto en que retornamos a la Revista. Aunque, al menos, pudimos agradecerle por los cafecitos que nos sirvió durante esa mañana. Tarea en que comprobamos que los revolucionarios del Frente mantenían costumbres machistas, como las de hacerse servir por una compañera seguramente más atractiva todavía de lo que proclamaban sus ojos.

A los periodistas detenidos nos separaban en las cárceles de los que los gendarmes llamaban "presos de sangre". Sin embargo, en la reclusión nocturna que cumplí por 541 días, solicité estar con ellos en mérito de mi seguridad, puesto que en mi primera noche allí intentaron entrar a mi celda vaya a saber con qué intención. Pero yo, en conocimiento de muchos trucos, había amarrado mi corbata entre la puerta y mi camarote, por lo que desperté y grité apenas sentí el remezón correspondiente. Los mismos gendarmes me confesaron al otro día que, con mi ingreso al penal de la calle Lira, entró también una persona que no venía remitido de juzgado alguno y que posiblemente se trataba de un agente de la CNI. De allí es que pasé los otros 540 días con un grupo de ocho presos que habían cometido acciones armadas y de los cuales me informé de muchos de sus quehaceres y padecimientos, aunque tuve que dormir siempre en el suelo ya que no cabían más camas en la celda.

Por siempre seremos amigos después de esa forzada convivencia nocturna. Desde donde fuera secuestrado después violentamente por varios sujetos, con tal suerte de que la televisión inglesa grabó toda esa operación y gracias a ello, posiblemente, salvé con vida. Aunque para ocultar su intención me condujeran de noche a Valparaíso y pasara varios días en la cárcel del Puerto. En una operación tan burda en que se quiso imputarme por un artículo de *Análisis* escrito, en realidad, por Fernando Paulsen e Iván Badilla, con quienes pasé solo una noche detenido para, posteriormente, liberarme sin cargos junto con dejarlos presos a ellos. Efectivamente, mis colegas fueron procesados por la responsabilidad que se les atribuyó por un artículo que, en efecto, denunciaba verdades innegables. Acusación que, con el tiempo, se desbaratara en las propias fiscalías militares.

Desde allí volví a mi reclusión nocturna que cumplí completamente a pesar de que ya había ganado las elecciones el primer presidente de la Concertación democrática.

La implacable vejez

Confieso que me observo con horror en el espejo y me convenzo que ya no puedo disimular los 75 años que he cumplido. Debe haber algo de sadomasoquista en la manía de algunos de andar sacándose fotografías. Comprendo que los registros de los niños son muy saludables y placenteros, pero los viejos ya deberíamos negarnos a ser retratados: ni solos ni en grupos. Lo único que se consigue con esto es que abunden las comparaciones y las más tristes decepciones respecto de quienes hasta hace algunos años veíamos tan bien y ahora venimos convirtiéndonos en verdaderas calamidades. Lo mejor es preguntarles a los nietos cómo nos ven para recibir los diagnósticos más certeros e irreverentes sobre la situación.

Pero de alguna forma, todos quedamos contentos de las fotografías tomadas en el campo durante nuestro memorable almuerzo de *Análisis* porque, pese a las copiosas calvicies, canas, arrugas y todo lo demás, pudimos comprobar que en nuestros estropeados cuerpos habita la misma juventud de antaño y en nadie pudimos comprobar arrepentimiento por lo obrado, pese a la decepción común respecto de lo que han cambiado los tiempos y abundado los desencantos. Reímos y recordamos los más bellos momentos de nuestra juventud y trabajo en común y a nadie escuché lamentarse por las desdichas vividas. Y ¡vaya que sé que las tuvimos!

Posiblemente el gran cambio experimentado radique en que el tiempo nos ha puesto más sensibles. Especialmente a los

hombres que a esta altura lagrimeamos más que las mujeres. Como ocurre en toda junta de ancianos, la hipocresía campeó en esta ocasión. Todos aseguramos ver a los demás como siempre soslayando las pronunciadas marcas del tiempo transcurrido. Halagos que llovieron mutuamente para que a pocos metros de distancia se sucedieran el cotorreo y las comparaciones sobre cada uno de los presentes. "Por Dios que está viejo zutano", "mira lo arrugada que está fulana", "este no llega a fin de año" o "esta ya está pedida". Ciertamente, todo con la mejor "buena leche", humor y cariño, pero en una comprobación evidente de que a los periodistas nos cuesta mentir. Sobre todo, cuando las evidencias las tenemos enfrente.

Sospecho que varios ya tienen todo arreglado para su fallecimiento. Depósitos en el banco para enfrentar los abultados gastos funerarios; instructivos, también, para ser sepultados o cremados. Un brutal procedimiento que está muy de moda y si muchos supieran la forma en que su cadáver termina hecho polvo, creo que renunciarían a los cinerarios. Con mayor razón en quienes creemos que el último deseo de muchos muertos es ver su propio funeral, comprobar cuánto lo quisieron o no, quienes asisten a su despedida y escuchar los más imprudentes comentarios respecto del difunto, como también sobre sus descendientes.

Me acuerdo de dos experiencias en cuanto a esto. Con ocasión de la muerte del expresidente Eduardo Frei Montalva se me ocurrió visitar su féretro donde se lo velaba y miles de personas esperaban verlo por última vez. Pensé que sería bueno que mi hija mayor me acompañara para que le quedara un registro en su memoria de este gran personaje. Por su baja estatura tuve que levantarla para que observara el cadáver, después de lo que señaló a viva voz: "harto narigoncito este señor…". Lo cual provocó la risa de sus deudos más cercanos y, por supuesto, mi rubor.

Días antes me tocó estar en la Clínica Santa María en el momento mismo del deceso del expresidente Frei, sin sospechar

aún que pudiera haber sido asesinado por la Dictadura. Después de entregar mis condolencias, salí a la calle y pude comprobar que por la puerta trasera de un viejo Mercedes Benz un anciano intentaba bajar del auto para preguntar por la salud de don Eduardo, por lo que me tocó a mí darle la infausta noticia de su reciente muerte. "Mire, señor —me dice—, yo ya estoy muy malito de mis piernas y le pido por servicio que vaya a buscar a uno de los familiares de Frei para que yo pueda transmitirle mi pesar".

Se trataba del expresidente Jorge Alessandri Rodríguez, terco y francote como ningún otro, a quien puse delante suyo a Jorge, uno de los hijos del fallecido. "Mire —le dijo—, cómo pudo su padre someterse a una operación tan absurda y temeraria... Nadie debe operarse después de los setenta años", insistió, ante nuestro estupor, para retirarse inmediatamente.

Después de ello, yo no me canso de advertir a todos los mayores que no hagan tal de enfrentar cirugías cuando ya estén viejos, y en mi caso ni siquiera consulto a los médicos. Las malas experiencias se suceden con un ejercicio de la medicina que también está muy corrupta como que a la mayoría de los médicos se les ha otorgado el apelativo de "matasanos".

Podríamos consentir ahora en que la edad para abandonar las cirugías y a los propios médicos debiera ser después de los 80 años, considerando lo que se ha prolongado la expectativa de vida y de que Chile enfrenta un serio envejecimiento de su población.

Cuando la militancia era norma

La militancia en los partidos políticos debiera ser algo serio. Las personas que se inscriben en sus registros deben hacer fe de las ideologías que estos profesan y se obligan a mantener siempre fidelidad con lo que rezan sus normativas. En nuestra época de jóvenes era hasta sospechoso no militar: muchos esperábamos ansiosos los 14 o 15 años para poder inscribirnos y jurar nuestra lealtad y compromiso por un Chile mejor conforme a las propuestas de las distintas colectividades.

Recuerdo que en nuestro primer año de universidad un profesor nos encuestó sobre esto y de unos 40 estudiantes que éramos ni siquiera diez confesaron ser "independientes" o apolíticos. Por lo demás, la militancia no se ocultaba: hasta portábamos insignias con los logotipos de los partidos y, desde luego, en las elecciones para elegir la directiva de nuestros cursos postulábamos, ganábamos o perdíamos de acuerdo a la militancia que profesábamos.

Por ello es que las elecciones estudiantiles eran muy concurridas. Los cursos, las escuelas y nuestras carreras elegían a sus representantes con votaciones muchas veces reñidas y escrutinios muy tensos, como los de la FECh, la FEUC y la FEC de Concepción. Hasta se decía que la tendencia política que mostraban las principales federaciones sería muy ilustrativa para determinar los resultados de las elecciones presidenciales, parlamentarias o municipales venideras. La mayoría de las colectividades políticas habían tenido su origen en las universidades, a excepción de los par-

tidos de derecha. Aunque después el propio gremialismo de Jaime Guzmán se iniciara en la Pontificia Universidad Católica de Chile.

La orden de partido casi siempre se imponía en las votaciones legislativas, de los sindicatos y otras organizaciones civiles. Pero la orden por lo general emanaba de un debate interno, cuyas distintas tendencias se ventilaban incluso por la prensa. Prueba de ello fue la unánime votación de los parlamentarios demócratas cristianos para elegir en el Parlamento a Salvador Allende como se establecía cuando ningún candidato reunía la mitad más uno de los sufragios populares.

Era evidente que había una gran cantidad de militantes DC que no querían que su partido apoyara a la Unidad Popular en el Congreso. Sin embargo, la disciplina manifestada fue notable y de paso, insuficientemente reconocida y valorada por los partidos Socialista, Comunista y otros que llegaron, finalmente, a La Moneda en 1970.

Con la Dictadura todo cambiaría con la proscripción y desarticulación de los partidos, la persecución sufrida por sus dirigentes, el exilio y la muerte de muchos militantes.

Cuando ya se hizo posible reorganizar y fundar nuevas colectividades, la verdad es que lo "instrumental" prevaleció a lo ideológico y hubo partidos que desaparecieron, otros que se jibarizaron al extremo y otros que prevalecen, pero cuya tarea principal es encarar elecciones, retener el poder obtenido, armar pactos y alianzas en que algunos partidos navegan en dos o tres aguas para lograr sus cometidos electorales.

Con ello también llegaron los políticos que cambian de tienda, lo que en el pasado era muy mal visto. Todo un proceso que coincide con la progresiva corrupción de la política, el sometimiento parlamentario ahora a las órdenes de los grandes empresarios y toda esa serie de escándalos que se suceden en estos días en que el cohecho, el nepotismo y otros vicios son el pan nuestro de cada día.

Como los partidos han terminado tan despoblados de militantes, lo cierto es que se han multiplicado los pactos y agrupaciones para sumar votos y eventualmente gobernar. Otro fenómeno característico del presente es la oportunidad que los partidos y los gobiernos de turno le dan a quienes militen. Esto es conseguir un empleo público, una asesoría y otras granjerías.

Todo ahora es cuoteado en los ministerios, las subsecretarías y otras dependencias fiscales. El número de funcionarios a honorarios y bien remunerados ha crecido considerablemente, al grado que solo en una sola secretaría de Estado trabajan más de cien periodistas. Los que, dentro de las profesiones, hoy son de los más desvalidos por la ausencia de diversidad informativa.

Recientes incidentes parlamentarios nos indican que ya son decenas los diputados y senadores que se han cambiado de tienda y otra cantidad, los llamados díscolos, que votan en contra de lo dispuesto por sus partidos. Para los cuales no hay sanciones gracias a esto de que deben "tirar la primera piedra" los que critiquen estas conductas. Las militancias erráticas ni siquiera se producen al interior de los pactos; los partidos de gobierno perdieron su mayoría en las cámaras legislativas a consecuencia de los que se cambiaron a la oposición. Y como consecuencia del malestar ciudadano, hoy tuvimos a más de doscientos candidatos independientes que quisieron reunir firmas para postular a la contienda presidencial, además de los más de veinte que se proponen desde los mismos partidos y alianzas electorales.

De esta manera, nadie es capaz de apostar por el futuro electoral, cuando a fin de este año se realizarán varios comicios. Del mismo modo, en esta dispersión lo que menos existe son propuestas y programas de gobierno. Todos los candidatos cuidan más su *look* que sus promesas, a sabiendas de que al pueblo y los ciudadanos poco o nada les importan las elecciones, muy poca confianza les queda en la misma democracia y casi todos asumen que los políticos son todos más o menos lo mismo. Por lo que,

de no existir el voto obligatorio, probablemente enfrentaríamos la hecatombe de la abstención electoral.

Lo peor es que muchos se preguntan si valió tanto sacrificio la lucha y las movilizaciones populares, mientras los afiches con el rostro del Dictador vuelven a salir a las calles. Incluso, ha sucedido que grupos de manifestantes o mercenarios llegan hasta el monumento de Allende al frente de La Moneda para proferir insultos y escupitajos a su memoria.

Nuestro intensos "carretes"

Cuando nos entrevistan los estudiantes de periodismo y de otras disciplinas sobre lo que fue nuestro compromiso y papel durante la Dictadura, de alguna forma creen que fuimos parte de una generación grave y parca en cuanto a lo que son las conductas propias de la juventud. Que vivíamos muy concentrados en el trabajo, sin mayor diversión o esparcimiento. Nada más lejos de ello, sin embargo, si consideramos los tupidos "carretes" que nos reunían por las tardes y los fines de semana.

Lo cierto es que vivíamos como en guetos, con baja tolerancia respecto de los extraños y viceversa, cuidándonos siempre de no juntarnos con quienes podrían provocarnos algún riesgo. Pero yo no puedo dejar de olvidar aquellos asados "bien regados" en que cantábamos y bailábamos como actualmente no lo compruebo tanto en la juventud. Posiblemente porque en el presente existen mayores riesgos y los padres se han obligado a estar muy vigilantes de los hijos y sus amistades.

Muchos romances surgieron de estos encuentros, pololeos e incluso matrimonios que perduran en el presente. Varios de nosotros ya estábamos emparejados cuando vino el Golpe por lo que nuestras historias son de a dos, aunque ya, desde entonces, comprobamos las frecuentes rupturas y los nuevos y encendidos enamoramientos.

A las múltiples visitas de amigos y admiradores extranjeros siempre los atendíamos en fiestas, asados y paseos dentro o fuera de Santiago. Estos eventos eran, muy a menudo, bilingües o trilin-

gües y sus romances con nuestros compañeros y compañeras no los pasábamos por alto.

Memorables fueron al menos dos viajes a Valparaíso, donde tanto acostumbramos hasta ahora llevar a nuestros huéspedes. Con Carlos Santa María llevamos un día a un par de alemanes jóvenes, guapos y solidarios, a almorzar en pleno puerto. Nos proponíamos festejarlos con nuestros ricos mariscos frescos recién salidos del mar. Me acuerdo que al tomar una almeja y bañarla con limón nuestros invitados entraron en pavor, se negaron a probar cualquier molusco que se moviera antes de ser deglutido y, por cierto, aunque con buenos modales, nos acusaron de ser unos salvajes, por lo que tuvimos que ofrecerles carne de vacuno bien cocida.

Para colmo de nuestra vergüenza, nuestros invitados se mofaron del tamaño de nuestro puerto que, para entonces, era el principal. "Nosotros somos de Hamburgo, nos dijeron, y sus dimensiones son bastante más grandes que este puerto del que traíamos muchas expectativas".

Ciertamente, al poco tiempo pude conocer las gigantescas dimensiones de los puertos europeos, con centenares de grúas, enormes barcos y los cuales debimos recorrer en auto para apreciarlos completamente. No de una sola mirada, como podemos hacerlo desde los cerros de Valparaíso, San Antonio, Talcahuano o Antofagasta.

Con todo esto, lo que empezábamos a aceptar en aquella época era nuestra condición de país chico, pobre, pero bien pretencioso. Aprendimos mucho con nuestros visitantes; entre ellos, connotados políticos franceses, finlandeses y españoles. Así como ellos pudieron aprender de la miseria en que vivían cientos de miles de compatriotas, visitar con nosotros la población La Legua y otras en que el enfrentamiento con los militares era intenso y arriesgado. Hasta hoy el destacado periodista Walter Tauber recuerda cómo un soldado le puso una pistola en la sien para pedirle

su documentación camino a una de las protestas. Walter quedó pálido con esta experiencia y, desde luego, la informó en *Der Spiegel*, desde donde venía sin saber que de pronto se convertiría en corresponsal de guerra.

En otra ocasión, en una de estas protestas, a un periodista y camarógrafo francés le arrebataron todos sus equipos fotográficos y de video, aunque no lo vimos muy afectado por ello, feliz de que no lo hubieran agredido o detenido. Tiempo después me tocó ir a París y aceptar una invitación a almorzar de aquel reportero que lo había perdido todo. La comida fue pródiga y me supongo muy cara. Pero no pude dejar de preguntarle por qué me distinguía con esta manifestación, pasándome a contar que de vuelta a Francia el seguro le había pagado por su pérdida. Pero también me dijo que, poco antes de embarcarse de regreso, un amigo mío, que tenía estrechos vínculos con la Policía de Investigaciones, le llevó a su hotel todo lo requisado. Se trataba de Carlos Kirby, ya fallecido, pero que nos colaborara mucho para resolver situaciones como esta o aún más complicadas. En pedirle a los "tiras", por ejemplo, que nos devolvieran las radios que ellos mismos nos robaban de nuestros autos. Lo que, en mi caso, resultó una de mayor calidad.

De esta manera, el franchute amigo recuperó extrañamente sus equipos, pero, de igual manera, cobró el seguro, haciendo gala de la pillería latina. Por lo que me gané con él, por primera vez, una degustación de caracoles y otros manjares en la Ciudad Luz.

Con la modernidad

Prácticamente tenemos certeza que *Análisis* fue la primera publicación nacional que instaló computadores en su redacción para reemplazar las antiguas máquinas de escribir. Después de estudiar periodismo en los Estados Unidos, Fernando Paulsen llegó a nuestra revista con un computador personal que nos dejó muy impresionados por las proezas de ese artefacto.

Con la velocidad de un rayo vaciamos nuestros bolsillos y empezamos a conseguir regalados nuestros primeros computadores. Fuimos pioneros en la operación de los primeros equipos, nada más porque *El Mercurio* desestimó sus primeras adquisiciones y las reemplazó por el nuevo sistema de compatibilidad que hasta ahora se utiliza en todas partes. De allí que nos adelantáramos por unas semanas a este inmenso y millonario diario.

El cambio fue resistido por los periodistas mayores. Por algún tiempo siguieron apegados a sus máquinas de escribir hasta que tuvieron que reconocer la eficiencia que poníamos en ejecución los que éramos más jóvenes. Convencerse resultó fácil cuando comprobaron la velocidad en la entrega de nuestros artículos, cuando las correcciones podíamos hacerlas sin arrugar y votar carillas al suelo, teniendo que empezar todo de nuevo cuando nos salía algo mal o los editores rechazaban nuestro trabajo. Además, quedábamos en línea entre todos los periodistas, editores y personal de las imprentas que nos atendieron. Evitando ahora el riesgo al entregar por mano nuestros materiales a los talleres, práctica habitual en esa época. En

todo caso, no éramos todavía muchos, así es que la primera inversión al respecto fue modesta.

Mucho tiempo ganamos, también, con la incorporación de estos avances en nuestras labores administrativas. En el despacho, por ejemplo, de la revista a los suscriptores. El computador y otras mágicas maquinitas empezaron a imprimir las etiquetas que irían pegadas a los ejemplares a distribuir. Una ardua tarea en la que ya no tendríamos que pegar una por una cada etiqueta, al reemplazarlas por las que se reproducían solas a la orden de un clic y venían, además, ya engomadas.

Notable fueron en este sentido los aportes de Gloria Barros y Norma Parra en las tareas de diagramación de la Revista, como posteriormente en la composición de nuestros libros de Emisión. Dos jóvenes comprometidas con nuestro quehacer que tuvieron el talento de asumir las nuevas técnicas y avances en la materia.

Con los adelantos tuvimos que imbuirnos en los nuevos sistemas operativos y cambiar constantemente los procedimientos, quedando a merced, como hasta ahora, de lo que mandan las grandes empresas de estos rubros. Tal como sucede actualmente con todos los equipos de recepción y transmisión electrónicos en una práctica que agobia a los más viejos y aflige a los jóvenes. Me refiero a los celulares que hoy parecen pegados a las manos de casi todos los seres humanos. Maquinitas que se han hecho imprescindibles para comunicarnos y para navegar por el colosal ciberespacio en que tenemos la oportunidad de aprender mucho y participar en la sociedad que vivimos. A pesar de todos los horrores de las redes sociales y la enfermiza adicción y dependencia, especialmente de los que viven subyugados sin mirar el cielo, ver para el lado y tener despejada la vista para enfrente.

En nuestro trabajo posterior en Radio Universidad de Chile, prácticamente se acabaron nuestras entretenidas, peleadas

y fructíferas reuniones de pauta, en que diariamente nos veíamos las caras y en conjunto los periodistas concebíamos la próxima edición. Descubriendo talentos y sanas pillerías como la de la periodista Pamela Jiles que llegaba a estas reuniones muy puntualmente y con la voluntad de proponer y defender un tema, para que después, sí o sí, se lo asignáramos a ella.

Impacto me produjo entrar muchas veces a la sala de redacción y observar, ahora, un silencio religioso entre los periodistas, cuando ya ni siquiera sonaban los teclados antiguos. No es que se tratara de personas imbuidas en lo suyo, desconectados de los demás. Lo que hacían era estar chateándose entre ellos a una distancia de no más de metro y medio entre cada cual. Poco a poco, por lo mismo, empezamos a perder la costumbre de conversar, manifestarse a viva voz, como era antaño en nuestros medios de comunicación.

Imagino que en muchas otras actividades y empresas este silencio es más productivo, pero en el periodismo, si me permiten la nostalgia, nada podrá reemplazar nuestras bullangueras reuniones de pauta, en su sabor, calidez e imaginación. No es extraño apreciar hoy en la televisión, en sus paneles de comentarios y entrevistas, cómo los periodistas se mantienen casi ausentes respecto de sus invitados y colegas. Cada uno anda en lo propio, no escuchan lo que se les responde y se atropellan en la palabra. Todos estos avances los han puesto individualistas, competitivos e, incluso, irreflexivos. Porque no hay mejor costumbre que la de escuchar, mirarse a los ojos y trabajar para el éxito conjunto. Por ello es que todos mantenemos tanto orgullo y cariño por lo que fueron nuestras publicaciones, así como amistades que forjamos para todo lo que nos queda de vida.

Ahora nos damos cuenta que los periodistas entran y salen de los medios y a lo sumo se divisan entre ellos y cada cual atiende a su nota o programa, sin importarle lo que hacen los demás.

En mis primeros viajes a Cuba pude comprobar el atraso que existía en materia logística, la impresión que les causamos a los amigos del Departamento América que nos manejáramos tan bien con el WordStar y el internet. Creo que en algo contribuimos para que en poco tiempo la práctica del computador y la navegación cibernética se hicieran también costumbre en la Isla.

Por nuestra razón de ser, por la velocidad de los acontecimientos, los periodistas hemos ido a la vanguardia en el uso de los adelantos tecnológicos. Nuestra generación pasó de la magia de la radio a pila a la televisión en blanco y negro, como después a la de color. Ni qué hablar de las grabadoras y cámaras que fueron quedando en el camino. Es un cambio sideral el que hemos conocido, así como en la actualidad se transmite mediante drones y cables submarinos. Y mediante muchos satélites, sin duda, que rebotan desde el espacio nuestros escritos e imágenes.

Lo que no debiera cambiar nunca son los objetivos de nuestro quehacer, la misión redentora de la información, nuestras exigencias éticas y libertarias. Nuestro compromiso principal con la redención de los pobres y oprimidos del mundo. Cuestión que ignoran muchos de nuestros noveles periodistas, embadurnados por la liviandad de sus programas de estudio. Donde el uso de la tecnología se privilegia por encima del conocimiento. Y donde los llamados "rostros" se privilegian por sobre los profesionales íntegros y cultos.

Los cien primeros

De forma injusta suele celebrarse los logros alcanzados por los periodistas de *Análisis* y de las otras publicaciones disidentes. Sin embargo, en nuestras primeras ediciones, la Revista contaba con apenas dos o tres periodistas, por lo que la factura de cada edición debía hacerse con una cantidad apreciable de colaboradores. Cuando le contamos al obispo Jorge Hourton, convertido luego en asiduo columnista, este nos dijo dudar de que seríamos capaces de contar con los colaboradores necesarios. "Jamás podrán conseguir ocho o diez de estos colaboradores por número para lograr una publicación de al menos 40 o 50 páginas. En este país hay mucho temor, nos dijo, y dificulto que haya tanta gente dispuesta a correr riesgos, salvo que todos seamos sacerdotes…". Lo que tampoco le aseguró inmunidad a todo el clero.

Pues bien, con ocasión de cumplir un año de faena, en la Casa San Francisco Javier del Arzobispado de Santiago, celebramos nuestro éxito al respecto. En unos papelógrafos, a manera de cuadro de honor, destacamos los nombres de más de cien colaboradores entre profesores universitarios, dirigentes sindicales, uno que otro político y algunos estudiantes. Hombres y algunas mujeres que se habían atrevido a escribir y firmar con su nombre, puesto que, desde el principio, nos propusimos no aceptar seudónimos. Los mismos cien y muchos más se sumarían posteriormente a nuestro esfuerzo editorial, corriendo los riesgos del caso, como que una vez todos los periodistas y columnistas enfrentáramos una demanda ante los tribunales acusados de ofensas al jefe de Estado, subversión y otras acusaciones.

Lo curioso es que en esta bullada querella todos debimos prestar declaración ante el ministro sumariante. Solo nuestro editor internacional, José Carrasco, se libró de esta querella, seguramente porque a él le tenían dispuesto otro castigo y mucho más brutal. Por supuesto que al Pepe le abochornó mucho ser la única excepción de este proceso que, por lo absurdo, solo concluyó con el sobreseimiento de todos los imputados. Salvo del que registra para ustedes esta anécdota, quien resultara condenado a tres años de cárcel por el juez Lionel Beraud, sentencia que la Corte Suprema rebajara posteriormente a 541 días de reclusión nocturna.

Requerido el ministro Beraud por el jurista Manuel Sanhueza, también incluido en esta acusación, le confesó a este que sí o sí tenía que concluir, al menos, con la condena del director de la Revista, a fin de no agraviar al Gobierno.

No es que quiera solazarme con esto, pero el ministro que me condenó, al tiempo, tuvo que someterse a una cirugía de su cadera, con tal mala suerte que al despertar de la anestesia se dio cuenta que le habían operado la cadera buena. Pero, de todas maneras, fue compensado con su ascenso a la Corte Suprema.

NOTA: Como la excepción confirma la regla, debo reconocer que en dos casos autorizamos el uso de seudónimos. Con Marcia Scantlebury cuando nos escribía desde Colombia, donde se había ido en exilio voluntario después de los horrores sufridos con la tortura. En la eventualidad de que pudieran dejarla afuera convinimos con ella que sus valiosos artículos los firmara como Mara Mosso, aunque yo estaba convencido de que por su gran estilo, en breve se iba a reconocer su verdadero nombre. Sobre todo, después de su notable crónica sobre la visita del papa Juan Pablo II a Centroamérica.

El otro caso fue el seudónimo escogido por Felipe Pozo y Fernando Paulsen al firmar algunos artículos muy notables de

carácter cultural y deportivo. Escribiendo en conjunto, adoptaron la firma de Aligarpe, juntando en una palabra su remembranza por Mohamed Alí y Carlos Gardel. Por cierto, hubo lectores que llegaron a creer que se trataba efectivamente de un redactor con ese verdadero nombre.

Con las armas del humor

Casi desde el principio *Análisis*, como también las otras revistas, incorporaron el humor en sus páginas. Teníamos como antecedente a la Margarita, de Gustavo Donoso, en el diario *Fortín Mapocho*, caricatura que fue fundamental en la portada de este combativo diario disidente. Nosotros no podíamos ser menos y es así como incorporamos a nuestras páginas los aportes del eximio dibujante Rodrigo (Toto) Squella y el internacional dibujante humorístico José (Pepe) Palomo que hasta hoy es publicado en diversos medios escritos y digitales del mundo.

El Cuarto Reich, la tira cómica de este último, nos llegaba por correo y sus contenidos eran graciosos, demoledores, pero también muy cultos políticamente y de temática muy universal. A Palomo lo conozco hace muchos años y, por su forma de ser, jamás se pensaría a primera vista y conversación que se trata de un humorista, aunque si uno lo escucha con más detención se da cuenta que es un mordaz deslenguado, además de estar muy informado sobre todo lo que acontece en el mundo.

Cuando recorro sus tiras "cómicas", la verdad es que este gracioso adjetivo puede ser inadecuado, puesto que lo que reflejan sus dibujos es la realidad del mundo desigual, de la pobreza, de la exclusión y el desencanto. Nada de divertido, sin duda, sino más bien sórdido y altamente didáctico. Desde entonces es un humorista gráfico reconocido universalmente y para nosotros fue muy honroso incorporarlo en nuestras páginas y viñetas. Veo que a sus años no cesa en prodigarnos talento y compromiso.

Encontrar al Toto fue un gran acierto. Más joven que nosotros, hasta ahora deslumbra con sus retratos y caricaturas. Dudo que haya alguien que aporte tanto con sus lápices y pinceles a complementar lo que escribíamos. A él, había que decirle solo lo que queríamos, darle una vaga idea y ponernos a esperar, de un día a otro, su divertido "mono". La estola con un zorrillo que le colgaba a Lucía Hiriart, la esposa del Dictador, se constituyó en un hito gráfico y formó parte muy recurrente de muchas de sus caricaturas. No había necesidad de explicar sus monos, los rostros de Pinochet, de sus ministros y de los seres más abominables de la Dictadura hablaban por sí solos, pero al Gobierno se le hacía imposible tomar acciones en contra de él y de la Revista sin caer en el ridículo. Solo un ministro sumariante que nos tomó declaración nos confesó la indignación que le causaban a La Moneda las ilustraciones del Toto.

Siguiendo, también, su trayectoria, no encuentro hasta hoy dibujante que le compita en talento y sensibilidad. Sus paisajes, retratos y caricaturas son asombrosos.

En cuanto al humor colectivo, mucho nos entretuvo siempre confeccionar el "Ubicatex", una breve columnita en que los periodistas nominábamos al Ubicado, al Desubicado y al Carepalo de la semana. En una solemne reunión, presidida por don Epaminondas, se constituía semanalmente un tribunal con la única misión de designar entre los políticos o personajes públicos al que lo había hecho bien, muy mal o se había destacado por su cinismo extremo o contumacia. Los debates del jurado eran muchas veces airados y costaba esfuerzo escoger entre los numerosos nominados por el equipo de *Análisis*.

Lo que más nos costaba decidir era al Ubicado. Para los otros dos, nos sobraban candidatos. Gracioso tenía que ser el fundamento que seguía a la caricatura de los personajes confeccionada por el mismo Toto. Para esto, sobraban los redactores voluntarios, aunque como en todo hubo algunos que se hicieron recurrentes por su buena pluma.

El "Ubicatex" pasó a convertirse en una de nuestras columnas más celebradas por los lectores y debemos decir que recibimos muchas solicitudes de políticos para que lo asignáramos como el Ubicado de la semana. Incluso hubo otros que nos sugerían ser nominados como desubicados o carepalos con tal de ser considerados. En el entendido que los políticos prefieren ser vituperados que ignorados por la prensa.

Años más tarde, tuvimos la suerte en el diario electrónico *Primera Línea*, como en la página web de Radio Universidad de Chile, contar con otro de los grandes del humor. Aunque de estatura muy corta, la imaginación y el talento de Mico son enormes. A él nunca debimos pautearlo y muy raramente solicitarle algún "mono". En cada día de cierre llegaba con tres o cuatro caricaturas sobre la actualidad política, entre las cuales debíamos seleccionar una o dos. Sus aportes eran fundamentales y rápidamente ganaba innumerables asiduos.

Hasta hoy considero a Mico como un verdadero apóstol del dibujo y humorismo gráfico. Además de sus monos coloreados con acuarela han ganado admiración sus murales. No hay ciudad de Chile y población que no solicite sus servicios, recorriendo el país con sus brochas y colores para plasmar sus ideas libertarias, derrochando siempre talento y vocación.

Entre sus contenidos, marca su identidad cristiana, su adhesión a los derechos humanos, sus anhelos de justicia social. Su compromiso es ejemplar y apenas cobra lo mínimo para solventar sus insumos y pasajes de un lado a otro. Es de una modestia que emociona.

Periodistas alemanes

Con el frustrado atentado a Augusto Pinochet todas las publicaciones disidentes fueron clausuradas por la Dictadura. En *Análisis* ya habíamos sorteado con éxito un anterior estado de sitio y cierre de publicaciones. Para seguir financiándonos, el Pepe Carrasco tuvo una genial iniciativa como fue la de convertir el amplio patio de la Revista en un bazar para la venta de juguetes y regalos de Navidad. Estábamos cerca de esta festividad religiosa por lo que el bazar fue una estupenda iniciativa. El propio Pepe se encargaba de comprar los regalos navideños, muchos de los cuales adquiríamos en Pomaire, el pueblo de artesanías más cercano a la capital.

De esta forma es que todos los del equipo se convirtieron en vendedores y mucha gente decidió comprarnos a nosotros los regalos navideños, operación que nos sirvió para solventar nuestros sueldos, sin que nadie tuviera que emigrar en estos meses de clausura. Pero, a la vez que vendíamos, a los pocos días del decreto de cierre empezamos a publicar un boletín informativo que llamamos *CHIPS* (Chile Informativo Político Semanal) y fuera entusiastamente recibido por nuestros suscriptores y amigos que llegaban a la Revista a comprarnos muchos ejemplares para ser distribuidos por ellos mismos.

No está demás agregar que *CHIPS* adoptó las mismas características de *Análisis* en relación a sus secciones, columnas y espacios de humor, aunque su presentación era muy modesta ya que solo contábamos con un mimeógrafo para reproducirlo. ¿Resultado? ¡Éxito total! y una nueva forma de eludir la censura.

Pero con este abrupto cierre, luego del atentado a Pinochet, la situación se veía muy difícil. Muchos observadores nos vaticinaron que esta sería la clausura definitiva de *Análisis*. El Dictador estaba furioso y sería muy temerario volver a la carga con *CHIPS* u otra publicación clandestina.

Pero la solución fue mejor. Esta vez decidimos aceptar la oferta que nos hiciera el poderoso Sindicato del Papel y del Cartón de Alemania para que nuestra revista fuera impresa por ellos y enviada todas las semanas a Chile para su distribución. El periodista Álvaro Rojas, recién retornado del exilio en ese país, fue el que nos hizo el contacto y colaboró con su implementación.

Y así procedimos. Todos los viernes partía a Alemania un disco con nuestra producción semanal, la que sería impresa el mismo fin de semana y, desde allá mismo, remitida a nuestros suscriptores que ya se contaban por miles. Por razones logísticas el *Análisis Internacional* tuvo que someterse a la norma europea con un formato levemente más angosto, pero con un papel satinado y a pleno color. Con todos los contenidos de siempre y, por ende, muy contestatario o disidente.

La sorpresa fue mayúscula para nuestros suscriptores y para nosotros mismos. De la noche a la mañana pasamos a ser periodistas alemanes por tratarse de una publicación impresa en ese país. Lo importante era que ya a la Dictadura le sería muy difícil reprimirnos y, más todavía, requisarnos sin arriesgar un conflicto diplomático con una potencia mundial.

Todo el equipo periodístico siguió trabajando de forma, incluso, más segura que antes. La Moneda sufría un nuevo fiasco y, ante la posibilidad de extender su vergüenza, en mucho menos tiempo del que calculábamos, la censura fue levantada para nosotros y las demás publicaciones democráticas. Con esta atrevida decisión del *Análisis Internacional*, la verdad es que ganamos más lectores y las otras formas de represión desaparecieron por un

breve tiempo, aunque la fórmula ahora para silenciar a la prensa seguiría siendo el amedrentamiento personal y anónimo, como las acusaciones ante los tribunales, valiéndose de la Ley de Seguridad del Estado y el Código de "Justicia" Militar.

Sin embargo, las gravosas penas que los militares le asignaron a los delitos de opinión fueron realmente inoficiosas debido a que los jueces, por venales que fueran, no se atrevieron a sentenciarlas. Salvo en mi caso que, como lo he contado, fuera condenado a una pena de 541 días de reclusión nocturna, después de los tres años y un día decidido en primera instancia por el rastrero juez Beraud.

Nuestras atrevidas compañeras

En lo que también nuestra generación se destacó fue en garantizarles sitio a las periodistas. Sin dármelas de feminista, la verdad es que me tiene muy complacido haber confiado tanto en ellas para nuestras tareas profesionales o, mejor dicho, vocacionales.

Con sinceridad, siempre observé que las periodistas superaban a los varones. Desde luego, comprobé que escribían mejor que nosotros y manifestaban mejor el don de la palabra, esto último en la radio que me tocó dirigir. Ya en la Escuela de Periodismo eran ellas las que obtenían las mejores notas por sus artículos. Mejores redactando y mucho mejor en ortografía, por lo que rápidamente se desenvolverían como editoras, como en el caso de una María Olivia Mönckeberg, Juanita Rojas y algunas otras.

Para qué decir como reporteras y su coraje para meterse en el ojo del huracán de las protestas. Parecía que no se daban cuenta de las bombas lacrimógenas o de los balines con que los militares y policías agredían a los manifestantes. Para las pautas periodísticas más riesgosas eran las primeras que se ofrecían para cubrir. Una María José Luque, Patricia Collyer, la jovencita Carolina Díaz, por ejemplo, y su habilidad para sortear la represión, porque también para enfrentar a los carabineros eran capaces de lucir sus argumentos y demostrar femenina flaqueza ante los machistas defensores del orden. Aunque no podemos soslayar el aporte de periodistas como Francisco Martorell y Rodrigo de Castro, quienes, además de producir artículos de calidad, se dieron también a la tarea de hacer buenos libros. Y en el

caso de Pancho, sigue empecinado en sostener por largos años su publicación *El Periodista*. Un gran aporte.

Además de ser muy diestras en entrevistar, como hasta ahora se comprueba en la televisión y la radio, donde su superioridad es manifiesta. Tal vez porque los hombres públicos tienen mucha más tolerancia con las preguntas impertinentes de las mujeres que con las de los hombres.

Desde mis inicios en el periodismo, en *Debate Universitario*, escuché siempre del destacado amigo y maestro Óscar González Clarke que las mujeres eran mucho mejores que los hombres para ejercer el periodismo. "Mira, me decía, a la hora de salir a reportear fuera de Santiago las mujeres parten sin mayores complicaciones… les basta echarse a la cartera unos calzones, su grabadora y ¡ya!, sería todo".

Más minuciosas que nosotros también se demostraban insuperables en las tareas de producción y organización de todo tipo de eventos. Como lo demostrara una Margarita Cea, que se animara a estudiar periodismo seguramente muy inducida por el testimonio de nuestras reporteras y redactoras. Por el talento de una Mónica González, Irene Geis, Cecilia Allendes, Faride Zerán, entre tantas otras.

Infatigables, asimismo, en el trabajo. Difícil nos era salir de nuestros medios a la hora que correspondía. No sé qué les pasaría con sus parejas por llegar tan tarde a sus casas. Siempre las últimas en salir, aunque no siempre las primeras en llegar por la mañana. Siempre pienso que habría que hacerle un reconocimiento a esa cantidad de maridos y padres de familia que estuvieron tan bien dispuestos hacia el trabajo de sus esposas, compañeras o convivientes.

Aunque ahora veo que varias de ellas viven solas, se han separado una y más veces. Pero es lo que está ocurriendo en todos los ámbitos de la vida. Aceptando el hecho de que también los hombres lloran y sufren de soledad. Sería largo escribir sobre to-

dos los casos que he conocido al respecto, principalmente porque en el periodismo los hombres están forzados a jubilarse cuando todavía están en buen uso de sus facultades mentales. Pienso en el notable Camilo Taufic que se incorporara tarde a nuestros afanes después de volver del exilio y con quien me encontré caminando por el centro de Santiago dos o tres días antes de su muerte. Me confesó que estaba pobre y solo, pese a haber ganado fama continental por el libro *Periodismo y lucha de clases*, que ha sido el título de periodismo más editado y reeditado sobre ética profesional comparada. Una obra fundamental.

Jóvenes y audaces reporteros gráficos también dejaron su huella en *Análisis*. Vaya que se arriesgaban en la calle, registrando marchas y protestas. Hace poco, Ulises y Andrea Nilo tuvieron la excelente idea de registrar en una hermosa edición las que fueron las principales fotografías publicadas en nuestra revista. La herencia gráfica de Miguel Carrasco, Marcela Briones, Marcelo Dauros, Kena Lorenzini y del propio Ulises Nilo. Magníficas fotografías que fueron acompañadas con los testimonios de las periodistas Juanita Rojas, Marcela Briones, Marcia Scantlebury, María Eugenia Camus y del propio y querido Miguel Carrasco. Me honró hacerle el prólogo a una publicación tan bella y encomiable que constata tanto valor y compromiso.

Libros y Teleanálisis

Ya hemos consignado que durante nuestro desempeño en *Análisis* fundamos la editorial Emisión, con la cual llevamos a libros los principales reportajes de nuestra revista sobre los temas más relevantes en materia de derechos humanos. *Bomba en una calle de Palermo*, por ejemplo, sobre el alevoso crimen del general Carlos Prats, de Mónica González y Edwin Harrington, quien después del cierre de su revista *Cauce* se viniera a trabajar con nosotros.

Varios títulos muy exitosos en que también aportaron algunos de nuestros columnistas, como el destacado abogado y amigo Jaime Hales. Además del libro sobre el homicidio de nuestro Pepe Carrasco de las periodistas Coté Luque y Patricia Collyer.

Los acontecimientos del país hacían propicio emprender nuevos desafíos. La necesidad de consignar las imágenes de las protestas y la represión gubernamental nos llevaron a desarrollar *Teleanálisis*, gracias a un generoso aporte que nos hizo la Comunidad Económica Europea, que nos permitió adquirir cámaras y otros equipos necesarios para la producción de videos que causaron un gran impacto en Chile y el mundo. Su distribución la hicimos con suscriptores que rápidamente se interesaron en esta nueva arista (como se dice ahora) de nuestro trabajo. En muy poco tiempo tuvimos centenares de suscripciones en todo Chile que se dedicaban a exhibir estos documentales en sus parroquias, centros sociales, sindicales, partidos y organizaciones de derechos humanos. En una gran cobertura que se extendió al extranjero, a los exiliados y a las organizaciones solidarias internacionales.

El registro de estos notables capítulos le ha servido después a los canales de televisión para referirse a las situaciones que sus medios no pudieron registrar cuando sucedieron. Así como servir de prueba para demostrar en los tribunales las violaciones a los DD. HH. de los militares y agentes de los servicios secretos de Pinochet.

Fernando Paulsen dirigió en sus comienzos el proyecto, pero le pasó el relevo al periodista Augusto Góngora, talentoso cineasta que organizó un sólido equipo de periodistas y camarógrafos que cumpliera con tanto éxito la tarea que le encomendáramos. Él ya no está en este mundo, pero dejó un legado enorme que mucho nos enorgullece. Resultaba emocionante observar cómo *Teleanálisis*, con sus 46 ediciones y 202 reportajes audiovisuales, congregó a gente incluso en las plazas de todo Chile, cuyas imágenes convencieron a muchos de lo que sucedía.

Junto con Góngora es justo reconocer el trabajo del abogado y hoy diputado Roberto Celedón y de los cineastas Dragomir Yankovic, Yerko Yancovic, Pablo Salas, Cristián Galaz, Luis Alberto Ramos, Sergio Alcaíno y otros realizadores.

Cuando ya el exsenador Volodia Teitelboim había regresado de su largo exilio, nos visitó con Kena Horvitz en nuestra casa de El Tambo y manifestó su deseo de ver algo de *Teleanálisis*. De esta manera, lo ubiqué frente al televisor y lo dejé solo para que se enfrentara al largo recorrido de sus distintos capítulos. Después de una o dos horas lo interrumpí para que fuéramos a almorzar sorprendiéndolo con sus ojos rojos por la emoción. El notable dirigente comunista y, posteriormente, Premio Nacional de Literatura estaba lagrimeando por las escenas de la protesta social que están tan bien registradas en esta serie documental.

Audacia en la circulación

En su historia, nuestro "consorcio" periodístico tuvo a tres gerentes. A Carlos Santa María, a Ignacio Cárdenas y a Francisco Feres, los que, además de administrar las platas y pagarnos los sueldos, debían hacer gestiones para recibir aportes, consolidar una extensa nómina de suscriptores e ingeniárselas para que, poco a poco, *Análisis* pudiera ser adquirida en los quioscos, cuestión que nos estaba prohibido. No puedo dejar de consignar que en esta tarea tuvimos el ejemplar comportamiento de los sindicatos de suplementeros, especialmente de quienes vendían la Revista "bajo cuerda" arriesgándose a ser requisados y sancionados por los agentes de la dictadura. No puedo dejar sin consignar que en estas faenas administrativas y financieras obtuvimos un elevado préstamo de nuestro querido Ricardo Jordán, que con los años cancelamos en su casa ante el estupor de su esposa Sonia Fuchs que nunca se había enterado de esto. Ambos encontraron la muerte al estrellarse la avioneta que los conducía al sur de Chile. Hasta hoy nos duelen estas enormes pérdidas.

De paso, bueno es reconocer que otro aporte que obtuvimos fue de Fintesa, después Banco del Desarrollo, quien nos prestó una elevada suma con la condición de pagarla con avisos publicitarios después de la Dictadura. El Banco cambió de dueño y de nombre por lo que la deuda nunca pudimos pagarla. También en las entidades financieras hay gente solidaria.

No tenemos dudas de que con el tiempo nos convertimos en el medio impreso con más ejemplares vendidos. Alcanzamos

cifras por sobre los cien mil ejemplares con algunas ediciones "bomba". Así todo nos asaltó la duda de que había miles de ejemplares que salían de la imprenta y no pasaban por nuestro control. De allí que con el gran Carlos Aguirre, amigo y gerente de ediciones Antártica, discurrimos marcar con plumón por el lomo una edición entera del tiraje, la que no era posible observar de buenas a primera.

Con las devoluciones que siempre se registran, pudimos comprobar que había muchas devoluciones que no venían marcadas, en un signo evidente de que la rotativa estaba imprimiendo más ejemplares que se comercializaban por otro lado. Estando en Canadá, apenas dos días después de dejar distribuida en Chile una de nuestras ediciones, pude comprobar que, en tiempo récord, *Análisis* se vendía en una importante librería de Toronto y cuyos ejemplares no venían marcados al lomo.

Sobre todos los avatares que vivimos con la impresión, es bueno dejar testimonio que llegamos a Antártica después de pasar por muchos talleres de imprenta. El primer número de *Análisis* fue recibido y devuelto sin imprimir porque su dueño, como nos dijo, no estuvo dispuesto a correr riesgos con una publicación que no tenía autorización y no se sometió nunca a la censura previa. En ese trance nos escuchó una persona que no conocíamos y que se ofreció a imprimirnos él la edición que señalamos.

Se trata de Jaime Escobar, quien siguió editando la revista por varios años recurriendo a las más arriesgadas maniobras, como el haber conseguido por un tiempo imprimir la revista en los talleres de Investigaciones de Chile. Un lugar seguro, naturalmente, y que nunca pudo ser pesquisado por la Dictadura. Fue todo tan secreto que jamás pudimos saber gracias a qué detectives pudimos lograr este propósito.

Jaime Escobar, el Pelao, encontró la muerte en un accidente camino al balneario de Algarrobo el mismo día en que se

reconoció el triunfo de Patricio Aylwin en los primeros comicios presidenciales posdictadura. Como demócrata cristiano que era, quiso celebrar en la playa.

Agrego que el gerente de Antártica era de derecha, pero como buen hijo de un republicano español se comprometió con nuestra rebeldía periodística.

El instructivo para la protesta

Los periodistas de *Análisis* tuvimos siempre una relación cercana y privilegiada con el movimiento sindical, las organizaciones de derechos humanos y todo ese espectro de organizaciones sociales que surgieron en la lucha contra la Dictadura. De esta forma es que nos tocó estar al lado de sindicalistas como Rodolfo Seguel y Manuel Bustos, por ejemplo, pero en general con todos los que se la jugaron en tal dirección. Llegada la hora de hacer algo más contundente para que provocara la movilización popular, los principales dirigentes sindicales del cobre de la Coordinadora Nacional Sindical y de la propia CUT convinieron en convocar a un paro nacional.

Para coordinar esta audaz decisión, Emilio Torres, Rodolfo Seguel y otros sindicalistas, fundamentalmente de Codelco, nos pidieron reunirse en Santiago, en nuestra casa de Manuel Montt, habida cuenta de que, por tratarse de un medio de comunicación, creían poder juntarse con menos riesgo de ser disueltos y detenidos. Además de que podríamos hacer pasar tal encuentro como una entrevista de prensa.

La idea que traían casi todos estos dirigentes era la del Primer Paro Nacional, aunque algunos de ellos pensaban que esto sería muy arriesgado y no estaban todavía las condiciones para tener éxito. Entre los antecedentes que obraban entre todos estaba la amarga experiencia de aquellas industrias que habían parado, con el resultado de muchos trabajadores despedidos que rápidamente eran reemplazados en sus puestos por quienes hacían colas

para acceder a un empleo. Por ello es que, en la discusión que se realizó, hubo varios opositores del paro y se temía con esto una división del sindicalismo disidente.

Con la periodista María Olivia Mönckeberg tuvimos la grata oportunidad de concurrir a esta deliberación en nuestras oficinas, así como la posibilidad de manifestar nuestro parecer sobre el paro. Efectivamente, al calor de la discusión, con María Olivia concordamos en que sería muy peligroso insistir en la idea de una paralización indefinida del mundo del trabajo y en la eventualidad de no hacer nada, propusimos la idea de reemplazar este Paro por una Jornada Nacional de Protesta.

Y ¿en qué podría consistir esta protesta?, nos interrogaron Simplemente en la posibilidad de que cada chileno pudiera protestar como se le ocurriera. Los padres dejando a sus hijos en casa en vez de llevarlos a clases; los funcionarios públicos ralentizando su jornada; los universitarios desfilando; los vecinos tocando cacerolas. Cada cual protestando como quisiera, incluso llegando a acciones más radicales si estimaban posible hacerlas. Una protesta, en mayo de 1983, al gusto de todos y, también, por supuesto, parando las fábricas, ausentándose de los turnos en las minas y, muy importante, dejando de comprar en los locales comerciales.

Inmediatamente es que sugerimos hacer un primer instructivo de la protesta, donde convocábamos no solo a los trabajadores sino a todos los chilenos a hacer lo que pudieran para expresar su descontento contra la Dictadura. A nadie se le pediría un sacrificio más allá de sus posibilidades. Los medios democráticos, revistas y radios, empezamos a convocar a esta protesta con una acogida excepcional y dando inicio a una secuencia de movilizaciones que pronto alcanzaron las calles e implementaron su vigor. Comprometieron la acción de cientos de miles de chilenos a lo largo de todo el país. De Arica a Punta Arenas.

Sobre este papel que nos tocó jugar como anfitriones de esa reunión guardamos mucho orgullo, aunque, como es debido, las palmas y la represión se la llevaron principalmente los líderes sindicales. Pero ya nadie pudo detener las siguientes jornadas de protesta, aunque el abuso policial también se acentuara hasta el grado de que al embajador de Estados Unidos en Chile lo oí decir, en un cóctel en la sede diplomática francesa, de que nuestro país se encontraba en estado de insurrección y que la Casa Blanca debía hacer algo para evitar la repetición de una nueva Cuba en América Latina.

Y con ello empezaron las invitaciones de políticos al Departamento de Estado norteamericano, la presión estadounidense para conseguir de Pinochet una apertura, hasta incluso la oferta de un millón de dólares a revistas como la nuestra para sostener nuestro trabajo, a condición solo de una sola cosa: que no pudieran escribir más en nuestras páginas militantes del Partido Comunista. Una gentil sugerencia que rechazamos en la casa misma del embajador.

Después me dio gusto saber que el director de *APSI*, Marcelo Contreras, también había rechazado este soborno. Nunca alguien más se atrevió a hacernos una propuesta tan indecorosa.

Lumpen político

Quienes éramos disidentes de la Dictadura podemos dar innumerables testimonios de lo que fue la enorme solidaridad mundial hacia nuestras distintas actividades. Los periodistas, en particular, debemos agradecer el constante apoyo brindado desde los más diferentes países y regímenes de la Tierra. De esta manera, algunos tuvimos la suerte de recibir numerosas invitaciones al extranjero para ser homenajeados y recibir apoyo concreto en dinero y equipos que fueron indispensables para nuestro quehacer.

Desde luego, los diversos sindicatos y asociaciones de periodistas vigilaban celosamente lo que acontecía con nosotros, manifestándose siempre muy prestos a protestar por las diversas formas de acoso que nos afectaban. Pero también los gobiernos, las fundaciones, las organizaciones de derechos humanos fueron un sostén y aliciente muy importante. Personalmente, guardo un buen número de medallas, diplomas y otras distinciones recibidas de parte de gobiernos, universidades y organizaciones de la sociedad civil de Europa, América Latina, incluso desde Estados Unidos.

En mi "vanidoteca" cuelgan diplomas y premios otorgados en Estocolmo, Helsinki, París, Londres, México y Ecuador. De no ser por todo esto, nunca habría conocido tanto el mundo, aunque se tratara de viajes intensos y con una fatigosa agenda. Entre estas actividades la de encontrarse con los compatriotas exiliados, apreciar la generosa forma en que fueron acogidos, aunque nada contrapesa el dolor que sentían por estar fuera de su país y tener absoluta incertidumbre respecto de su regreso.

Debo testimoniar al respecto el orgullo que tantas veces sentí por la resiliencia de los chilenos de la diáspora. Por la forma es que se integraron, educaron y aportaron a sus países anfitriones. Aunque pude advertir, también, lamentables conductas que, por lo general, sus anfitriones asumían como inadvertidas. Chilenos que se dedicaban a robar o destruir con ira la propiedad pública. Negligentes que se resistieron por años a trabajar y aprender hasta el idioma de quienes los acogían y servían. Gente que se sentía becada, demandando siempre más apoyo para financiar sus tareas partidistas y que aprovecharon muy poco las oportunidades que se les brindaron. Ya fueran personas modestas de origen, ciertamente traumatizadas por lo sufrido, pero también altos dirigentes políticos cuyo afán fundamental era viajar de un lado a otro, distraer vanamente los recursos de la solidaridad e, incluso, derivarlos a sus propios bolsillos.

Consideremos que solo en aquella enorme concentración realizada en la plaza Navona de Roma se recaudó más de un millón de dólares en plata, joyas y otros espontáneos desprendimientos de parte de los italianos y europeos solidarios. Desgraciadamente, nunca se logró saber qué destino tuvo esa incauta contribución.

Con el notable jurista Manuel Sanhueza viajamos un día a Suecia. Él, para conseguir apoyo para su Grupo de Estudios Constitucionales, o de los 24, y yo, para nuestra revista *Análisis*. Pues bien, quien nos recibiera en la principal agencia de cooperación del Gobierno, después de quedar sorprendido por nuestros relatos respecto de lo que hacíamos en Chile, nos dijo dudar de todo lo que hacíamos "al interior" del país, para después confesarnos que recién, apenas el día anterior, su fundación le había pasado una enorme cantidad de dinero a una delegación de trabajadores que, según constatamos, vivían todos en Europa. Y para nada había de suponer que esos recursos llegarían a los sindicatos chilenos que eran los supuestos destinatarios. A los solidarios suecos simplemente les habían contado "el cuento del tío".

Años después, en México, fui recibido en un tiempo récord por el expresidente Luis Echeverría, quien, quedando tan entusiasmado por lo que alcancé a contarle, me citó para las 12 de la noche a su casa, lo que dejó muy impresionado a los chilenos que lo merodeaban en la poderosa y bella institución académica, el Cestem, que fundó después de dejar el gobierno. "No puedo creer que esta revista se publica en Chile —me comentó—. Yo creía que se trataba de una publicación del exilio". Pero en concreto me dijo que nos haría un aporte a nuestra tarea y que me lo haría llegar al día siguiente por medio de un alto dirigente de un partido chileno que trabajaba con él. Esperé ese y dos días más y nunca me llegó lo convenido, aunque con el tiempo me soplaron que lo asignado se había quedado en manos del emisario.

Después de uno de mis encarcelamientos, el Gobierno de Cuba me extendió una invitación con mi esposa y todos mis hijos a la Isla sin otro objetivo que otorgarnos con mi familia algunos días de esparcimiento que, como ellos mismos me lo señalaran, también debía estar afectada con mi reclusión y sinsabores. Estuvimos unos diez días en La Habana, muy bien atendidos y sin que nadie me solicitara reuniones o algún otro compromiso. Expresamente, el comandante Manuel Piñeiro o quizás el propio Fidel (siempre al tanto de todo) insistieron en que el único propósito de nuestra invitación era que lo pasáramos bien, que nuestros hijos disfrutaran y nos quedáramos allí el tiempo que quisiéramos.

Pero en otro viaje a Cuba, camino al hotel, el guía me dijo que tenía la instrucción de hacerme pasar por otro lugar para mostrarme algo de forma muy confidencial. De esta manera es que arribamos a un hermoso recinto, algo así como un hotel *boutique*, hermosamente alhajado, en que todo lucía muy bello y fino.

Desde luego nos pareció una construcción recién concluida, por lo que los felicité por el buen gusto demostrado en tiempos

que el turismo era preocupación fundamental para Cuba. Pero lo que me contó al instante mi guía era que ese hotel siempre había sido muy hermoso y que allí se les había dado acogida a los primeros exiliados chilenos. Claro, pero con el amargo desenlace de que terminó destruido casi por entero, al gardarse como *souvenirs* lámparas, vajillas, cortinajes, artefactos de baño y reduciendo a piltrafas, también, sus finos muebles y tapices.

¡Tremenda vergüenza! Yo no podía dar crédito frente a lo que observé, pero la restauración pude comprobarla con las fotografías que los cubanos conservaron para demostrar el antes y el después de aquella barbarie cometida por nuestros revolucionarios combatientes.

En ese mismo viaje, en el aeropuerto, me mostraron de lejos a un grupo de jóvenes que, después de haber cumplido con una instrucción militar, se embarcaba en un avión con destino a Chile. Luego supe que se trataba de uno de los primeros contingentes del Frente Patriótico Manuel Rodríguez.

Años después, integré un grupo convocado por la embajada italiana para que comprobáramos en la residencia de la calle Miguel Claro el caótico estado en que dejaron la lujosa mansión diplomática los más de mil refugiados políticos que pasaron por ella. Gente que le debe mucho al embajador italiano de la época y que, gracias a su solidaridad, salvaron con vida y pudieron salir al exilio.

La vetusta casa lucía como aquellas que se ven en las películas después de ser bombardeadas durante la guerra. La destrucción era total: mármoles y esculturas quebradas, cortinajes y alfombras finas hechas añicos, vajilla fina destrozada y chapas de puertas reventadas, además de sanitarios y jardines arrasados. Difícil fue imaginarse cómo cupo tanto destrozo…

Es cierto que quienes pasaron por ahí sufrieron del estrés y en algunos casos fueron afectados por la demencia. Se trataba de opositores y combatientes chilenos que, huyendo de policías y mili-

tares, debían saltar las rejas de esta misión diplomática para encontrar "asilo contra la opresión", según canta nuestro himno patrio.

Ciertamente que de todo hay en nuestra viña nacional.

García Márquez y Vargas Llosa

El periodismo en todo tiempo y lugar nos permite conocer, aunque sea de paso, a connotados personajes del mundo. Gabriel García Márquez nos confirió el honor de visitarnos en nuestra revista *Análisis*, como lo hicieran las más diversas personalidades del mundo. De esta jornada guardamos una hermosa fotografía de todo el personal de la Revista junto a él. Sin embargo, agregado al gran gesto solidario de su visita, pudimos comprobar que se trataba de una persona con muy mal genio, llegando a ser grosero en sus reacciones. Tanto así que cuando le pedimos que hiciera un breve saludo ante un auditorio lleno de asistentes en la entrega de nuestra Medalla José Carrasco Tapia, sin disimulo alguno enardeció y nos acusó de haberlo violentado con una solicitud que, por cierto, estaba fuera de programa. Habló brevemente y, por supuesto, lo hizo muy bien, pero se retiró completamente molesto con nosotros.

Años después nos lo encontramos en una recepción en la residencia del embajador de Chile en México, en un evento distendido y muy "regado" y en la que protestó por haberle ofrecido tanto trago y tan poco comestible, en lo que tuvo razón, puesto que así eran siempre los cócteles del embajador de la época.

A este mismo encuentro concurrió el destacado cantautor y escritor chileno Patricio Manns de paso por Ciudad de México. Este quería aprovechar la oportunidad para entregar su última novela al Premio Nobel colombiano. Pero este, en vez de agradecérselo, irrumpió en un ataque de ira contra Patricio por su afán

de escribir en vez de dedicarse exclusivamente a crear y entonar canciones. "Para lo que eres bueno", según le advirtió.

Por supuesto, quedamos todos atónitos frente a este injusto agravio y, aunque tratamos de decir algunas palabras en favor de Manns, esto lo único que provocó fue que García Márquez abundara en sus descalificaciones. Por supuesto que el huésped de honor tenía en alta consideración el aporte folklórico de quien también se proponía ser un buen escritor. Lo que, en realidad, demostró con creces en toda su producción literaria posterior, aunque se le negara siempre el Premio Nacional de Literatura.

Vaya qué injusto, iracundo y descomedido nos pareció Gabito, una vez más. Por lo que en nuestros comentarios posteriores todos tuvimos que concluir que a los grandes escritores lo mejor era conocerlos por su obra literaria y no por sus actitudes.

Pero no todos son tan mal genio. En el hermoso pueblo de Tlaquepaque, cerca de la mexicana Guadalajara, tuve la oportunidad de compartir una mesa con Mario Vargas Llosa en esos acogedores restoranes en las veredas en medio del siempre confortable clima tapatío.

Fui a la cita con bastante desagrado, reconociéndole ser un enorme escritor latinoamericano pero del cual teníamos muchos reproches por sus posiciones políticas veleidosas. Por haber transitado, francamente, desde la izquierda hasta la derecha. Desde su ferviente adhesión a la Revolución cubana para llegar a convertirse en uno de sus peores detractores. Incluso por el exagerado entusiasmo que demostraba por los gobiernos de la Concertación en Chile después de Pinochet.

Sin embargo, como periodista no podía ausentarme de una cita con el que personalmente estimo el mejor escritor del continente y uno de los mejores del mundo, como que también recibiera el Premio Nobel de Literatura.

Fui parco en mi encuentro y rápidamente me propuse enrostrarle sus posiciones políticas, como sus elogios a la llamada Transición chilena. Me imagino que además debo haber manifestado mi antipatía y prejuicios, aunque ello cambiara a los pocos minutos de conversación.

Muy contrariamente a nuestra experiencia con García Márquez, lo que pudimos comprobar del escritor peruano fue su amabilidad, incluso su modestia. Desde el primer momento, lo que demostró fue su vivo interés en que un periodista chileno le hablara sobre nuestra realidad, le señalara mis disensiones con él y, de alguna forma, le señalara yo que mejor sería que se concentrara en su quehacer literario y no incurriera en la política. Que a personas como yo que tanto valorábamos su talento nos desilusionaban sus coincidencias ideológicas con la derecha latinoamericana. Por cierto, todo lo que le dije fue de forma respetuosa, aunque tuve que morderme los labios para no ser más duro o intransigente.

Muy contrario a lo que esperaba, fue un intercambio grato y fecundo. Porque, más allá de la contingencia, pude comprobar que se trataba de un verdadero humanista, de un sólido demócrata, pero, sobre todo, de un hombre sensible a las inequidades sociales de nuestros países. También de un antiimperialista. Pero ante todo de una persona bien intencionada, con sólidos valores, aunque su vehemencia lo llevara a cometer errores. Graves errores que le han costado insultos y descalificaciones…

Con el tiempo, antes de su muerte, también pudimos comprobar que la derecha y los socialdemócratas oportunistas perdieran su entusiasmo por él. Porque jamás dejó de ser un antipinochetista y duro fustigador de las dictaduras militares de América Latina.

Con un carácter mucho menos irritable que el de García Márquez, también pensamos que debió dedicarse por entero a

la literatura y poco a la política activa. Puesto que las novelas de ambos muestran sus respectivos compromisos con la redención de los pobres y oprimidos.

Valga decir que, además de estos, he tenido la oportunidad de conocer a muchos escritores y observar sus naturales diferencias. Sus vaivenes entre la modestia a la arrogancia. Por ejemplo, a un Octavio Paz y un Carlos Fuentes, algo menos reconocidos que Vargas Llosa y García Márquez. También, a Jorge Luis Borges y a Ernesto Sábato, eminentes todos. Por señalar solo a los que alguna vez vi y oí en directo. Quienes, además de Neruda y la Mistral, creo que están en el cuadro de honor de la literatura hispanoamericana. Aunque respecto de mis dos coterráneos me hubiera gustado darle la mano a Gabriela, porque a Neruda lo vi en el Estadio Nacional luego del Premio Nobel y, ciertamente, asistí a esos funerales tan sentidos y nerviosos bajo los primeros días de la Dictadura.

Ni qué decir de la cantidad de escritores jóvenes que también hemos tenido la dicha de conocer y leer y que espero, con los años, tengan el justo reconocimiento nacional y universal.

El "Manuel" de Estilo

Además de la rigurosidad que debíamos guardar los periodistas durante la Dictadura, posiblemente pocos saben que también nos empeñamos en escribir bien y convenir colectivamente en un Manual respecto del uso de ciertos términos, conductas en el reporteo y relaciones con nuestras fuentes y entrevistados. Siempre, por supuesto, en un estricto respeto por nuestra gramática castellana.

De alguna forma nos propusimos copiar el Manual de Estilo del diario español *El País*, suprimiendo una serie de disposiciones, atendido a que eran y siguen siendo un reino que tiene muchos protocolos que debe cumplir la prensa, como la forma en que hay que tratar y referirse a Su Majestad el Rey y su corte.

En nuestro instructivo, por el contrario, indicábamos que por ningún motivo podíamos hablar del "Presidente Pinochet", que a lo sumo podíamos referirnos a él como "Jefe de Estado" o a secas como Pinochet. Aunque con el tiempo ya le dimos el apelativo de Dictador y algunos hasta llegaron a calificarlo de Tirano, como lo hacía en sus columnas Fernando Castillo Velasco.

Con nuestros entrevistados debíamos marcar distancia y tratarlos de usted, por muy amigos que fueran. Una gran diferencia con lo que ahora se ve en la televisión, en que hasta los más jóvenes periodistas se "echan al hombro" a los entrevistados mayores o de alto rango, ya sean políticos, artistas, futbolistas o científicos. Parece ser que los conductores y "rostros" de la televisión asumen hoy como un mérito ser confianzudos, usar el

tuteo. Incluso con entrevistados que, por indeseables, debiéramos oponer distancia.

La ética profesional permeaba todo nuestro Manual. Teníamos la obligación de señalar a nuestras fuentes, aunque sí respetar el *off the record* si este era auténtico. Jamás permitirnos giros como "fuentes bien informadas…" o descontextualizar sus respuestas, cuando hoy resulta tan corriente cercenar intencionalmente lo que responden los entrevistados.

En una oportunidad un alumno me observó que su propósito era ser periodista deportivo y que para eso no había que leer y preocuparse tanto de comunicarse correctamente, defendiendo el uso de los "lugares comunes" en que se incurre en este género. De inmediato le pregunté cuáles eran los deportes olímpicos, lo que no supo responder adecuadamente. Tampoco me supo responder cuáles eran las reglas del fútbol, además de otras interrogantes que le hice. Así es que le señalé lo importante que era observar en las contiendas futbolísticas y atléticas el culto relato que hacían periodistas de la talla de Sergio Silva o Patricio Bañados, cuyas transmisiones nos aportaban siempre un gran valor agregado. Nos daban cuenta de los países desde los cuales relataban, de sus sistemas de gobierno, población, nivel socioeconómico y múltiples aspectos en beneficio de un auditor o telespectador en general ignorante respecto de la geografía universal y hasta de su misma trayectoria deportiva. También en estas bregas competitivas era conveniente saber o prepararse bien antes de llegar a los países solo a transmitir y carretear.

Lo que igualmente le ocurre a los que presumen de ser especialistas en arte, pero que se demuestran incapaces en relacionar la pintura con la música, la arqueología y la sociología. Que no saben que todo, finalmente, se explica con la política y los momentos históricos en que viven los creadores. Como si Dostoievski, Cervantes, Shakespeare, Tomas Mann y otros fueran sujetos de cualquier tiempo y lugar, pese a su magnífica universalidad.

En el Chile actual me horroriza que hasta para embajadores y periodistas los estadounidenses sean "americanos", ni siquiera norteamericanos, en una muestra patética de nuestra inferioridad cultural y política. Lo que se expresa tanto en los nombres de restoranes y todo tipo de marcas comerciales, lo que nos induce a pensar que estamos en Miami cuando paseamos por nuestras calles y hasta por los más modestos barrios.

En el uso de los verbos también éramos muy estrictos, evitando los "habían", en vez de "había" o "hubo", por ejemplo. Normas claras para señalar los números, combinándolos con palabras, como señalar un monto como los "10 millones 400 mil quinientos pesos". O, simplemente, el error en el uso de los términos: cuando se dice que alguien "infringió" un agravio en vez de decir correctamente le "infligió". O cuando se usa la palabra álgido (que significa muy frío) en vez de caliente o tenso. Sumado a los dequeísmos tan propios del hablar general. En fin, toda suerte de normas que uniformaban nuestro lenguaje en beneficio de la claridad y calidad del mensaje. Hasta en consideración al trabajo de los tipógrafos y correctores de estilo de las imprentas de esa época.

Éramos, sin duda, parte de una generación de periodistas que en la universidad se nos enseñaba a cultivar el lenguaje y amar nuestra gramática. Más que a manejar las cámaras y artefactos que el progreso ha puesto en nuestras manos, destrezas que ganaríamos más en nuestro ejercicio profesional posterior que durante nuestros años de estudio. En que debíamos darle prioridad a la lectura, a conocer la geografía, entender la ciencia, la filosofía, la economía, el arte y la cultura en general.

Siempre cuento que, dictando clase en segundo año de la Escuela de Periodismo de la Universidad de Chile, me llamó la atención un estudiante con una polera estampada con el rostro del Che Guevara. Ello me permitió preguntarle al curso si sabía quién era este personaje… Pues bien, nadie me respondió, salvo el portador de aquella prenda de vestir: "profesor,

yo lo único que sé es que se trata de un guerrillero, pero no me pregunte de dónde".

Es triste observar hoy lo poco que leen y se instruyen los futuros periodistas, cuando sus escuelas han derivado en el adiestramiento tecnológico más que en el pensamiento, la ética y la historia universal y nacional. Varias veces he repetido que, gracias a nuestros maestros, muchos periodistas nos propusimos, casi desde el primer día, romper el bloqueo informativo dispuesto por Pinochet y los militares. "Los mejores periodistas, nos decían, se prueban durante las dictaduras y los regímenes en que las libertades están restringidas". Porque habíamos leído, además, las biografías y la obra de varios de ellos, partiendo por fray Camilo Henríquez.

No puedo dejar de consignar que por un error de tipeo bautizamos nuestro Manual de Estilo como Manuel de Estilo y así lo seguimos llamando entre nosotros.

Lamentablemente, los editores tuvimos que asumir a aquellos periodistas que eran muy buenos reporteros, pero que nunca pudieron mejorar su ortografía. En esto, mi larga experiencia me señala que para las mujeres periodistas resulta más fácil redactar, como más fluido expresarse oralmente. Tema de estudio, sin duda.

A riesgo de parecer un viejo majadero, soy de los que lamentan lo mal que se habla en Chile, en contraste de cómo lo hacen los peruanos, colombianos, bolivianos y otros que han llegado a radicarse en nuestro país. Desde el presidente de la República, pasando por los legisladores y hasta los propios jueces. Incluyendo también, hay que decirlo, a los propios profesores de primaria y secundaria.

Una bochornosa transgresión ética

Creo conveniente dejar constancia que entre las publicaciones disidentes mantuvimos siempre muy buenas relaciones, aunque en cada una de nuestras ediciones nos esforzábamos por llevar la primicia, competir con los otros. En momentos sensibles, arriesgar la posibilidad de ser reprimidos por la autoridad, de allí es que ciertamente nos consultábamos entre nosotros y muchas veces pagamos todos los precios de las clausuras, requerimientos judiciales y las distintas formas de acoso.

Este buen clima entre colegas se plasmaba en nuestras contiendas de baby-fútbol. Justas deportivas entre los hombres que trabajaban en las distintas revistas, porque en aquel tiempo tal parece que las mujeres no hacían deportes. Las periodistas, al menos.

En uno de estos partidos, la verdad es que el equipo de *Análisis* terminó perdiendo ante el de la revista *Solidaridad* de la Vicaría del mismo nombre. Un resultado que nos irritó mucho por las contingencias del juego y el estrecho resultado.

De allí que ideáramos desconocer el triunfo de nuestro adversario futbolístico, lo que debíamos difundir después en nuestras páginas. Simple e irresponsablemente comunicamos en nuestra próxima edición que fuimos nosotros los que ganamos el partido, valiéndonos que nuestra edición estaba por salir al día siguiente y la de ellos, una semana después.

La *fake news*, como se dice ahora, dejó atónitos a nuestros adversarios, quienes ya nada pudieron hacer después de publicada

nuestra nota. Nos enrostraron la falta, pero se la tomaron con humor y grandeza, aunque hasta ahora me lamento de haber sido coautor de una falsedad. Con este pequeño incidente, aprendimos a valorar lo grave e irremediable que puede ser una mentira difundida por la prensa.

Las becas diplomáticas

En una de sus pocas y acertadas decisiones gubernamentales, el presidente Donald Trump ha dispuesto una drástica disminución de su servicio exterior. Serán menos, a partir de este año, sus legaciones diplomáticas en el mundo y el ahorro presupuestario, muy contundente. La hasta ahora mayor potencia mundial busca disminuir considerablemente el severo gasto en una actividad que hoy ya no tiene sentido mantener en un mundo cruzado por las comunicaciones instantáneas y satelitales, y en que los jefes de Estado cuentan con todas las posibilidades para viajar de un lado a otro, abordarse cara a cara y encarar personalmente los asuntos internacionales.

Menos justificación tiene, todavía, que países como el nuestro mantengan tan alto número de embajadas y consulados en todo el mundo cuando estos ingentes recursos podrían destinarse para cubrir otras necesidades, cuando las demandas sociales como las de la salud, educación y vivienda son tan urgentes y prioritarias.

No hay embajador chileno en el exterior que no tenga como mínimo una remuneración mensual de 6 mil o 7 mil dólares, más gastos de representación. A eso sumemos los recursos destinados a sus ministros consejeros y agregados comerciales, de prensa y cultura, así como los del personal administrativo y mantención de un elevado número de residencias con su correspondiente personal de servicio. Caso particular es la presencia en muchas embajadas de los adictos militares que entrañan otra friolera de gastos en una actividad que rara

vez se justifica, sobre todo, para los Estados que se mantienen en paz con sus vecinos.

Por lo general, quienes se desempeñan en estas tareas diplomáticas permanecen en sus puestos dos o tres años y, a lo sumo, los cuatro que cumple el presidente de la República.

Aunque hay funcionarios de carrera, todos sabemos que estos nombramientos son de exclusiva responsabilidad del jefe de Estado, quien los nombra y destituye cuando quiera. De esta manera el ir y venir de funcionarios diplomáticos es muy nutrido y oneroso.

Es cosa de sumar los gastos que entraña la mantención de estos centenares de diplomáticos fuera de Chile. A los cuales hay que agregar los traslados a sus correspondientes destinaciones, lo que significa pasajes para él y todo su grupo familiar y fletes de ida y vuelta de sus enseres.

Cuando no de automóviles para el traslado de sus embajadores y los altos costos que demandan la adquisición y mantención del mobiliario de las embajadas y residencias.

Aunque no todos reciben viáticos y gastos de representación, consideremos por lo menos que los jefes de misión sí los tienen y en montos muy elevados, dependiendo del coste de vida de los países anfitriones.

En nuestras observaciones periodísticas podemos dar fe de la cantidad de recepciones sociales que deben solventar las embajadas, cuando no hay país que no celebre al menos su día patrio, lo que nos lleva al hecho de que entre las actividades diplomáticas está la de asistir a múltiples recepciones y festividades que, en ningún caso, son menores a una por semana.

De lo cual hay que deducir diversos egresos y pasajes por el interior de los países asignados, compra de regalos y toda suerte de otros gastos en que nuestros Estados deben incurrir.

Aunque se nos tilde de oportunistas, alguien podría desglosar los gastos de un año de operación diplomática y compararlos con el número de viviendas populares, equipos médicos y honorarios profesionales que podrían ayudar a cubrir, por ejemplo, nuestros déficits habitacionales, acortar las listas de espera hospitalaria o cubrir hasta los crecientes gastos en seguridad.

Es evidente que la carrera diplomática —esto es la capacitación y desempeño de buenos representantes de Chile en el exterior—, puede ser muy necesaria, pero nunca tanto como para solventar tal cantidad de destinaciones. Al menos un 40 por ciento de nuestros diplomáticos son personas nombradas por La Moneda en virtud de su militancia política e, incluso, amistad con el jefe del Estado y el ministro de Relaciones Exteriores. Esto explica los constantes desaguisados cometidos por embajadores, consejeros y agregados, en denuncias que alcanzan a los medios de comunicación, pero con prácticamente efecto alguno en su remoción. Es claro, hay que reconocerlo, que también existen editores y periodistas que añoran un nombramiento en el exterior para recuperarse de sus precarios ingresos, o para jubilarse con una distinción diplomática.

En lo que hemos podido observar, cuando existen situaciones delicadas entre los países, es habitual que los gobiernos hagan caso omiso de sus legaciones y dispongan viajes de otros políticos y expertos para resolverlos. Fue lo que ocurrió, por ejemplo, con la instalación en Chile del conocido narcotraficante Amado Carrillo, quien falleciera luego de una sesión de cirugía estética en México a los pocos meses de su paso por nuestro territorio. En toda una incidencia en que el Gobierno chileno envió emisarios *ad hoc* para echarle tierra, en definitiva, al interés de uno de sus colaboradores presos en la cárcel de Puebla de aportar con todo lo que sabía respecto de la operación de instalación en Santiago del llamado Señor de los Cielos. Con su jefe muerto, este médico cirujano cubano-mexicano se disponía a contarlo todo a cambio de una muy modesta suma de dinero

para solventar el año de cárcel que le quedaba, puesto que para su manutención ya no podría recibir la asistencia del jefe del cartel.

Una operación que no se materializó porque, de haber hablado este hombre, seguramente habría significado echar al agua a políticos, jueces, estudios de abogados, bancos y agentes inmobiliarios que se favorecieron con otorgarle residencia definitiva a este capo de la droga en nuestro país. Curiosamente, cuando esta noticia estalló, el Ministerio del Interior no fue capaz de detener a ninguno de sus operadores, guaruras, familiares y amantes que habían llegado a Chile acompañando a tan destacado narcotraficante, los cuales alcanzaron a dejar rápidamente el país. Después de la muerte de quien, al parecer, solo quería vivir sus últimos años de paz en Chile.

La muy disminuida necesidad de mantener tan amplio servicio exterior explica que haya embajadores que acostumbran a viajar constantemente a Chile, dado que sus emolumentos se hacen más rentables aquí que en los países donde debieran permanecer. Incluso explica que ante la suspensión de las relaciones con Venezuela, nuestro embajador expulsado por este país se mantuviera muchos meses en Chile como titular de un cargo muy bien remunerado.

Pasó ya la época de las dificultades que entrañaba la comunicación con el exterior, después del desarrollo del internet, WhatsApp y las transmisiones vía remota. Así como los jueces y los presos se comunican para simplificar y hacer más expeditos sus procesos, los presidentes también pueden comunicarse entre ellos en cualquier momento y con la rapidez casi de un rayo. ¡Vaya cuántas embajadas y residencias podrían venderse, además, para repatriar estos enormes recursos! Cuando Chile, por no ser menos, adquirió casas y oficinas hasta fastuosas para instalar a sus representantes.

Claro, son tantos los militantes y activistas que ya no caben en la administración del Estado, que la destinación diplomática es

una buena solución para asegurar un buen pasar a sus clientelas electorales. Incluso los partidos y políticos de oposición acostumbran a soslayar esta bochornosa realidad a la espera de instalar también a sus respectivos colaboradores en el exterior cuando accedan al gobierno. Muchos de los cuales, al ser designados, como así nos consta, se comprometen a ceder parte de sus ingresos a la colectividad política que los incluyó en tal cuoteo de cargos.

Corromper a los periodistas

A las pocas semanas de asumido el primer gabinete de la llamada Transición a la Democracia, el ministro Secretario General de Gobierno me hizo confidente de una de sus más siniestras operaciones. Se trata de Enrique Correa quien en su desempeño fue, en general, tan celebrado que el propio Pinochet dijo que, de haberlo conocido antes, lo habría llamado a integrar su gabinete. Su fama, sin embargo, le duró solo algunos años, tanto que salió de La Moneda en malas relaciones con el propio presidente Aylwin, aunque después, en el ejercicio privado de lobista, ganara mala fama como un operador exitoso pero muy poco consecuente con su pasado de militante de la más radical expresión del partido MAPU. Especialmente en sus asesorías comunicacionales a varios de los más inescrupulosos empresarios del país a quienes Correa indujera, por ejemplo, a sobornar a parlamentarios, en casos de corrupción que fueran tan bullados como los que comprometieron al Consorcio Penta y a la poderosa empresa Soquimich de Julio Ponce Lerou, el multimillonario exyerno del Dictador.

Pero a lo que voy es a revelar que el Ministro me confiara en su despacho de La Moneda una lista de un centenar de periodistas de distintos medios a quien había decidido otorgarle un estipendio mensual a fin de "contribuir a sus modestos ingresos", según me lo asegurara.

Se trataba, fundamentalmente, de profesionales de los medios de comunicación que, después de haberse destacado por su oposición al régimen dictatorial, estaban afectados por

sus precarias rentas, por lo que se hacía necesario apoyar con los gastos reservados de su ministerio a objeto de que pudieran continuar su trabajo profesional, sin sus contratiempos económicos.

Evidentemente, se trataba de un franco soborno con el cual el Ministro se podría asegurar una obsecuente posición respecto de su desempeño, aunque él me negara tal propósito y tratara de convencerme de que este aporte solo tenía la intención de apoyar generosamente a la prensa democrática que empezaba a afrontar serios problemas de financiamiento. Correa trató de hacerme cómplice de esta operación, lo que ciertamente no logró por el repudio que le expresé ante tan descarada e hipócrita dádiva. Allí empezaron mis problemas con él.

Por supuesto que observé en la lista a tres importantes redactores de *Análisis* que, al afrontarlos posteriormente, se convencieran que debían renunciar a este aporte gubernamental. Lo que supuestamente hicieron, llegando a la conclusión de que se trataba de una de las primeras maniobras siniestras del Ministro y no de una generosa contribución.

Dicho sea de paso, al menos por *Análisis*, puedo decir que el gobierno materializó una operación de exterminio a través de Correa y otras autoridades, como lo hemos acreditado en otros escritos y entrevistas. Una acción que consistió, en lo fundamental, en bloquear la ayuda internacional que recibíamos, cuanto negarnos la publicidad estatal que generosamente continuaron percibiendo los medios que habían sido adictos a la Dictadura.

Como explícitamente se reconoció más tarde, la política comunicacional del nuevo gobierno consistió en "seducir" a la prensa pinochetista, en vez de apoyar a la consolidación de los medios democráticos. Al mismo tiempo que reconocer que nuestras revistas continuarían demandando la verdad y la justicia respecto de las graves violaciones de los DD. HH. Que mantendrían su vocación crítica e independiente, como de he-

cho lo hicimos ante las primeras transgresiones de la Transición a la democracia.

Tiempo después, tuvimos otro incordio durante el gobierno de Ricardo Lagos. A propósito de un artículo que no le gustó a La Moneda, publicado por nuestro diario electrónico *Primera Línea*, el nuevo ministro secretario general de La Moneda, el demócrata cristiano Claudio Huepe, me notificó que tenía "instrucciones superiores" para removerme de mi cargo de director, lo que, pese a mi tenaz resistencia, realmente sucedió, puesto que este exitoso medio que iniciábamos pertenecía a la empresa *La Nación* de manos del oficialismo. Poco después sería clausurado el propio medio por estas autoridades irritadas sin explicación alguna, aunque suponemos por ejercer tanta independencia respecto del gobierno de turno.

Lo triste es que recurrí al apoyo del Colegio de Periodistas, que siempre había sido tan activo y leal en apoyo de la prensa libre. Sin embargo, solo obtuve una tibia declaración del gremio, lo que, como me explicaron en privado, obedeció a que el Colegio recibía un buen estipendio de parte de la misma secretaría de Estado para su financiamiento.

Me imagino que este tipo de aportes reservados explicaría la debilidad de las demandas de la CUT y por algún tiempo, al menos, del Colegio de Profesores. Lo que explicaría los mezquinos incrementos del salario mínimo y el minúsculo pago de la deuda histórica con los maestros.

La tan limitada oferta de trabajo para los egresados de Periodismo explica que sean muy numerosos los que optan por un cargo gubernamental, ya que tiene la ventaja de ser siempre mucho mejor remunerado que los reporteros o editores que no sean "rostros" de la televisión. Lo que lamento es que desde sus cargos ministeriales y otros es prácticamente imposible que no se constituyan en meros relacionadores públicos de los políticos y

operadores que los contratan y pautean, tal cual como los que se desempeñan en la empresa privada.

Conocemos casos de talentosos jóvenes que se obligan a cumplir labores que poco o nada tienen que ver con el periodismo, su deontología y servicio a la tarea humana de comprender y transformar el mundo. Así como sabemos de la frustración de otros que están envueltos en el afán de las autoridades políticas y tienen por única misión difundir lo que hacen y callar en relación a sus despropósitos. Especialmente frente a los escándalos de corrupción que actualmente comprometen a muchas autoridades.

Época de grandes referentes

Quienes vivimos y crecimos en las décadas del 60 y 70 tuvimos el privilegio de asistir a grandes cambios en el mundo y conocer a sus principales líderes. Digo conocer porque en la enorme revolución tecnológica que favoreció a los medios de comunicación, estos se nos hicieron tan cercanos que no tuvimos necesidad de darles la mano para decir "yo lo conocí". Aunque, a varios de ellos pudimos "conocerlos en persona", como se dice coloquialmente.

Somos parte de la generación que vivió intensamente con la presidencia y el homicidio de John Kennedy, por ejemplo. Me acuerdo de estar asistiendo a un concierto en el Teatro Municipal de Santiago cuando nos enteramos de su muerte y siempre recordaremos que el público sintió que la *Sinfonía nº 3* de Beethoven se interpretaba en su homenaje.

La muerte de Kennedy conmovió al mundo entero, a pesar de las zonas oscuras de su gestión: su férrea oposición e intento de abortar la Revolución cubana, como el de haber incrementado el gasto militar en la guerra de Vietnam. Sin embargo, fue considerado un mandatario progresista y su asesinato lo convirtió en uno de los gobernantes buenos.

Con él supimos del primer ministro de la Unión Soviética, Nikita Jrushchov, un peculiar gobernante que con su zapato golpeó la mesa durante una solemne sesión de Naciones Unidas. A pesar de todos sus bemoles, el mundo sintió simpatía por él, porque al suceder a Stalin se propuso desarmar todo ese andamiaje de terror y procurar la coexistencia pacífica con Occidente.

El mismo papa Juan XXIII, en la misma época, conmovió al mundo creyente y no creyente con su cercanía, bondad y la contundencia de sus encíclicas sociales, lo que abrió las puertas y ventanas del Vaticano para que entrara aire fresco y lo sucedieran enormes y carismáticos papas como Pablo VI y los que le siguieron.

Al propio Fidel Castro tuvimos oportunidad de conocerlo, y también de darle la mano, en ese impresionante coloquio en La Habana para abogar que los países tercermundistas renunciaran a pagar sus deudas a Estados Unidos. Convocatoria que no tuvo resultados efectivos, pero creó conciencia de lo que significaba el imperialismo y el enorme aporte que le hacían nuestras economías al desarrollo de esta potencia. Un encuentro que llevó a Cuba a cien chilenos de todas las tendencias políticas, incluida la presencia de poderosos empresarios y dirigentes de derecha. Allí, en la Isla, todos pudieron comprobar el enorme liderazgo de Fidel, el afecto real que le propiciaba el pueblo y su gran formación ideológica y latinoamericanista. Estando o no de acuerdo con el proceso político cubano.

Estamos en un tiempo en que también se nos hicieron muy cercanos y nos maravillaron personajes como Gandhi, el principal líder de la India que, con su política de resistencia pacífica, llevara al triunfo independentista de todo su país. Así como, poco después, Nelson Mandela, el principal líder de la lucha contra el *apartheid* en Sudáfrica quien, después de 27 años de cárcel, llegara a la Presidencia de esta nación africana. También después de convencer a sus seguidores de que era mejor la estrategia pacífica de lucha en vez del combate por las armas.

Vivimos un tiempo en que descollaron políticos de la talla de un François Mitterrand, de Willy Brandt, entre todos esos lúcidos personajes que destacaron en la tarea de erradicar al fascismo y al nazismo europeo y asumieron la administración de la Guerra Fría. Así como vivimos episodios de cerca, pero estando lejos, como el asesinato de Olof Palme en Suecia. Estos y otros líderes

que descollaron por la solidez de sus convicciones, su consecuencia política y seguramente, su honestidad.

Toda una época muy seguida por los chilenos con dirigentes como Salvador Allende, Eduardo Frei Montalva e incluso derechistas como Francisco Bulnes Sanfuentes y el propio Jaime Guzmán, de ideas totalmente adversarias, pero, sin duda, defendidas con brillantez y efectividad. Si pensamos, por ejemplo, en la gravitación que tuvo la Democracia Cristiana, el gobierno de la Unidad Popular y la fundación de la UDI. Personajes, todos, que sí conocimos de cerca y alguna vez conversamos, los entrevistamos y, también, nos dimos la mano. Todos ellos inmensamente más capaces que nuestros recientes dirigentes, en que se suceden los inconsecuentes e incurren en la corrupción. Oportunistas, guardando unas pocas excepciones, que ni siquiera logran ser caudillos como los que se han dado en nuestro continente.

Pero no todo es político. Nuestra generación es contemporánea de Elvis Presley, de los Beatles, de Raphael, de Joan Manuel Serrat, Mari Trini, Los Iracundos, de los protagonistas de la nueva canción latinoamericana, del grupo ABBA, de Camilo Sesto, Bob Dylan, Joan Báez y de esos gigantes cubanos como Pablo Milanés y Silvio Rodríguez. Al tiempo que vimos y escuchamos en nuestro país a la enorme cantautora Violeta Parra y a Víctor Jara, ultimado por la Dictadura. Consignando también a Julio Iglesias, Amaya, Al Bano y Romina Power, Gloria Trevi, al grupo Mocedades y esa brillante generación de cantantes de los festivales de San Remo. Seguimos pensando que «Gracias a la vida» de Violeta Parra es el poema más excelso de nuestra literatura, llevada a una canción. Un canto a la vida, en realidad, que termina paradojalmente con el suicidio de su creadora.

Nuestra lista de cantantes podría ser interminable y no cabe duda que los que he nombrado aquí es porque a mí me gustan mucho y a algunos incluso vi en teatros y plazas. En este sentido, cómo olvidarnos aquí en Chile de Los Prisioneros, Los

Jaivas, Inti-Illimani, Quilapayún e Illapu. Incluso, aunque son menos universales, Los Ángeles Negros, Los Huasos Quincheros, Los de Ramón y tantos otros grupos o cantantes folklóricos. Debiendo citar, también, a los intérpretes José Alfredo Fuentes, Ginette Acevedo, Myriam Hernández y Gloria Simonetti, que gravitan hasta hoy.

A la argentina Mercedes Sosa no la conocí en los escenarios musicales. Con ocasión del frustrado golpe de Estado de La Tablada, me acuerdo de haber estado en Buenos Aires y de haber corrido a la sede del palacio legislativo donde se congregaría el pueblo leal a la democracia y al mandato de uno de los gobernantes más prominentes de América, Raúl Alfonsín. Concurrí tan adelantado que pude subir al segundo piso y ubicarme en una de las ventanas que daban al exterior, donde se juntarían miles de manifestantes. Al cabo de un rato se cerraron todos los accesos del edificio y tuve que quedarme allí hasta el final de la concentración y el discurso presidencial.

Cualquier periodista habría envidiado mi ubicación privilegiada, donde solo estuve yo y una señora con la cual nos vimos obligados a hablar de política y, por supuesto, de lo que sucedía. Pero al momento de presentarnos ella me dijo, ante mi estupor, que era Mercedes Sosa. Por supuesto, me avergoncé de no haberla reconocido, pero disfruté de una conversación que, luego de lo que ocurría abajo en la calle, finalizó hablando de su canto. Más adelante, lamentamos mucho su muerte, pero siempre agradeceré aquella conversación, de que pudiera saludarme de mano y despedirme con un beso.

Quien escribe nunca fue muy aficionado a la música popular. Me interesé siempre mucho más por la llamada música "selecta" y en este ámbito me tocó presenciar a grandes intérpretes nacionales y extranjeros, pero en lo que toca a la composición musical, lo cierto es que seguimos dándole culto a los autores clásicos, románticos y a los modernos que descollaron en el siglo XIX. Con nuestro amigo Duncan Livingston hicimos un alto en

nuestra gira por Europa para asistir a un festival dedicado a Mozart, en una enorme e inolvidable experiencia.

Soy de los que fuimos al Municipal a escuchar a Claudio Arrau en su última visita a Chile, pero me aprecio también de ser padrino del matrimonio de Roberto Bravo realizado en uno de los magníficos palacios de Ciudad de México. Un verdadero apóstol de la música y que ha sembrado de conciertos nuestro territorio. Así como recién fuimos a escuchar en Valparaíso a la espléndida soprano María Luz Martínez que triunfa en Barcelona y toda Europa. Demostrando eso de que "nadie es profeta en su propia tierra". Los nombro a ambos porque han sido por años seguidores del periodismo que cultivamos.

Pero enumerar a los autores predilectos sería de nunca acabar. Al respecto, observo que no somos tan pocos los aficionados a la música clásica. La talentosa periodista Elizabeth Subercaseaux nos ha deleitado con sus recientes biografías de Beethoven, Bach y Schumann. Ojalá tenga larga vida si se propone acercarnos también a otros grandes compositores, casi todos con una vida asociada a sus tormentosas genialidades. Lo que debiera interesar, igualmente, a Netflix y otras productoras cinematográficas.

A lo largo de nuestras vidas siempre se nos ha exigido revelar nuestras preferencias musicales, pero ahora no me atrevería a hacerlo al seguir descubriendo tantos talentos musicales que pasan desgraciadamente inadvertidos por la humanidad. Sin saber lo que se pierden y, tantas veces, sumidos en la vulgaridad melódica. Confieso que lo único que he pedido es que me hagan escuchar por enésima vez el *Réquiem* de Mozart poco antes de que expire mi existencia. Siempre digo que en el más allá, además de encontrarme con mis seres más queridos, se me dé la oportunidad de estar con cada uno de los grandes compositores, así como con los científicos más relevantes y líderes políticos más nobles. También de recorrer el colosal espacio que desde aquí solo podemos observar en una millonésima parte.

El teatro ha jugado un papel muy importante en toda nuestra generación. Compañías, directores, actores y actrices que se las jugaron en la Dictadura. Otra vez podríamos pecar severamente si no los nombráramos a todos, pero por lo menos consignemos al grupo Ictus, fundado en 1955 por un grupo de actores formados en la Universidad Católica. En el teatro La Comedia estuvieron sus magníficas obras como *Pedro, Juan y Diego* y *Primavera con una esquina rota*. Una compañía que destacó a un Claudio di Girolamo, Mónica Echeverría, Nissim Sharim, Julio Jung, Delfina Guzmán, Shenda Román y el gran Jorge Díaz, con más de 90 creaciones teatrales, como su inolvidable *Cepillo de dientes*. Aunque se nos alejaron a Venezuela por su exilio, los hermanos Duvauchelle fueron también muy relevantes.

Después de los radioteatros de nuestra niñez, en que el destacado actor Julio Jung hizo de Tarzán de los monos con tanto éxito, vinieron las exitosas telenovelas tan fundamentales en toda nuestra época de juventud y madurez. Hace poco vi una entrevista televisiva a Gloria Münchmeyer y a Héctor Noguera y me encantó observar que a sus ochenta y tantos años lucían tan bien, despiertos, llenos de humor y felices de haber protagonizado tantas teleseries que batieron todos los niveles de audiencia nacionales.

Nuestra generación también fue contemporánea del Mundial del 62, prácticamente inaugurando las transmisiones televisivas en nuestro país. Además de resultar terceros en la competencia, este fue uno de los eventos mejor organizados de nuestra historia, bajo el ímpetu encomiable de Carlos Dittborn. Un digno acontecimiento en que tuve la suerte, ahora sí, de darle la mano al gran Pelé, a quien le pedimos que apadrinara a una niña recién nacida en nuestro barrio de Plaza Brasil. Él aceptó de inmediato ser parte de este sacramento realizado en la Basílica del Salvador. Su presencia causó sensación y hasta hoy recuerdo que la bautizada se llamó María Tegualda del Monte Carmelo. Desconozco cómo se habrá comportado Pelé como padrino.

Con los años, vino el éxito de Maradona, extraordinario futbolista, pero que nunca me simpatizara tanto como el brasilero. A ambos pude ver en los estadios y la televisión y, realmente, no sabría decir cuál de ellos fue mejor. Un tema que se discute hasta el presente.

En la historia de la literatura universal siempre ha habido notables y geniales escritores. Tres de los cuales, para mí y para tantos, son hasta ahora insuperables: Cervantes, Dostoievski y Shakespeare. No terminaría nunca de enumerar a los alemanes, como Heinrich Böll y a los franceses, como Flaubert, que leímos con fruición en nuestro tiempo. Pero lo que debemos destacar es la concurrencia de numerosos novelistas y poetas que nos fueron contemporáneos, como el mismo Neruda, García Márquez y Vargas Llosa hasta llegar a Padura y a nuestro destacado Roberto Bolaño, quien muriera tan prematuramente, pero alcanzara a legarnos enormes libros. Así como nos dejara, también por adelantado, el talentoso Luis Sepúlveda.

Y como no destacar el *boom* de escritoras de nuestro tiempo que logran traspasar las fronteras de sus países, entre las que debo destacar a nuestra Isabel Allende y las mexicanas Laura Esquivel y Elena Garró, algunas de las que he leído y me han conmovido. Además de una argentina como Leila Guerriero. Pero la lista es enorme al respecto, y si las nombrara, a muchas podría omitir injustamente.

Sin duda, de todos los escritores latinoamericanos destaca el uruguayo Eduardo Galeano y sus magníficas crónicas históricas cuanto ese pedagógico libro sobre *Las venas abiertas de América Latina*. En el tiempo de *Análisis* lo invitamos a Chile y le otorgamos el Premio José Carrasco Tapia. Respecto de Galeano, puedo decir que, además de compañero, fuimos amigos. Unas dos o tres semanas antes de su muerte, tuve el honor de cenar con él en casa de Manuel Cabieses, el gran director de la también desaparecida revista *Punto Final*. Con Eduardo nos despedimos en la calle,

conscientes de que no nos volveríamos a ver. Se notaba ya muy enfermo, aunque todavía enteramente lúcido. ¡Cómo no estar orgulloso de que me dedicara una de sus crónicas!

En todo orden de cosas, pertenezco a una generación que le tocó conocer a descollantes personajes y buenos ejemplos. En Temuco, pude observar con emoción la llegada de los primeros astronautas a la Luna, evento sin igual que en poco se puede comparar con los grandes progresos de la humanidad. De antes y después.

Desgraciadamente, muchos avances en nuestro continente se vieron opacados por las dictaduras militares, el terrorismo de Estado, los campos de concentración y exterminio. Centenares de mentes lúcidas fueron abatidas o forzadas al exilio. Ello a todos debe avergonzarnos. Aunque después de estos terribles episodios estemos comprobando otras dramáticas circunstancias. En lo que se llama la tercera guerra mundial por pedazos y el genocidio en Palestina, ahora de manos del Estado de Israel.

De los periodistas no diré nada, casi por pudor, salvo consignar que en todo nuestro tiempo hemos conocido a decenas de talentos y héroes. En el legado que nos dejaron las grandes plumas de nuestro oficio y profesión. Muchos de los cuales hemos vivido bajo la influencia de un Ryszard Kapuscinski, el mejor reportero del mundo, o el testimonio de Julian Assange, por años perseguido y encarcelado por obra de Estados Unidos que, aunque se crea lo opuesto, es contrario a la libertad de expresión. Como también nos ha motivado a muchos de nosotros y las nuevas generaciones de periodistas el ejemplo, tan cercano y doloroso, de nuestro Pepe Carrasco.

Contrastando con todos los jefes de Estado irritados y enemigos de la prensa libre, nos dio gusto escuchar al papa León XIV prometer la defensa de todos los periodistas per-

seguidos y encarcelados. Advirtiendo al mundo que sin periodismo libre no es posible la democracia, ni el sufragio libre e informado.

Pido perdón por todas mis omisiones respecto de un tiempo tan fecundo.

Con Bolívar en la mente y el corazón

A propósito de nuestros grandes referentes, la revista *Análisis* se definió siempre como latinoamericanista y tercermundista. De allí que nos propusiéramos, a pocos metros de nuestra casa de la calle Manuel Montt, fundar el Centro de Estudios Políticos Latinoamericanos Simón Bolívar. En una hermosa sede que arrendamos muy barata y en la que realizáramos todo tipo de eventos intelectuales en que convocábamos a políticos, sindicalistas, líderes estudiantiles y otros.

Desde este Centro surgió la idea de publicar libros que recogieran el pensamiento de algunos líderes que habían marcado historia en el pasado y cuyo legado debieran conocer los jóvenes. Una tarea que seleccionó a unas cincuenta personalidades del ámbito de la política, pero que quedara truncada con el advenimiento de la Transición donde se impuso el pragmatismo y a muchos dirigentes de los nuevos tiempos hasta les irritó que persistiéramos en mirar al pasado. Sin embargo, alcanzamos a publicar cuatro densos libros con las obras escogidas de Salvador Allende, Eduardo Frei Montalva, Clodomiro Almeyda y el destacado intelectual socialista Gonzalo Martner García. Así como también trabajamos con el ex candidato presidencial Radomiro Tomic un voluminoso libro con muchos de sus discursos, atendiendo a que se trató de un líder que descollara por su oratoria e ideas socialcristianas.

Muy relevante fue nuestro seminario en que participaron decenas de asistentes y que culminara con un texto, *Chile, una esperanza*, elaborado y suscrito por 20 personalidades entre las que re-

cuerdo a Manuel Sanhueza, Tomás Moulian, Luis Maira, Fabiola Letelier, María Eugenia Horvitz, Fernando Castillo, Andrés Domínguez, Moy de Tohá, Marcia Scantlebury y varios otros, aunque deliberadamente excluyo de esta enumeración a unos pocos que siguieron un rumbo deleznable en la política.

Pero este valioso texto es, en realidad, un sólido manifiesto en favor del país que queríamos vivir cuando volviera la democracia. Con un compartido diagnóstico del Chile que teníamos y una cantidad de propuestas para una nueva Constitución, fomento del desarrollo económico y social, empleo y superación de la pobreza, entre varios otros tópicos.

Qué importante me parece releer ahora este manifiesto y observar cuán lejos estamos de lo que este grupo plural consensuó en este documento publicado a principios de la década de los ochenta.

Notable motor de este Centro de Estudios fue nuestro amigo Patricio Polanco que venía regresando de su exilio en Bélgica. Sin duda un gestor fundamental para implementar nuestras concurridas actividades.

Preso en democracia

Varias veces me presenté yo mismo ante la justicia militar y ordinaria cuando me requerían los tribunales, aunque en el primer gobierno de la Concertación fui, otra vez, requerido y el propio Gobierno me instó a declararme en rebeldía a fin de evitar la inminente detención. Desde La Moneda me argumentaron, por supuesto, que en una democracia no podía haber periodistas encarcelados. Por lo que recuerdo tuve que cambiar varias veces de domicilio y hasta tuve que saltar una tapia en el fondo del patio de *Análisis* para escapar de los carabineros que traían órdenes de detención.

Pero no pasaron dos o tres días sin que otra vez volvieran los uniformados, aunque esta vez con la misión de informarme que mi hija mayor había tenido un grave accidente en San Vicente de Tagua Tagua, allí en El Tambo, donde fuimos a refugiarnos con Patricia y mis seis hijos para escapar del acoso policial capitalino. Aunque allí la DINA incendió dos veces nuestra vivienda dejándonos completamente a la intemperie.

Mi secretaria, la querida Tere Izquierdo, fue quien los recibió, pero ahora no pudo contener el secreto de que yo estaba en la Revista, concurriendo a avisarme ante tan infausta noticia... "No se preocupe —saltó inmediatamente uno de los policías—, tuvimos que recurrir a esta argucia para poder cumplir la orden de detención". Con lo que procedieron, como siempre, a esposarme de manos y pies para conducirme ante el fiscal militar que resolvió mandarme otra vez a la cárcel por casi un mes. En plena democracia, donde tantos lo destacaron.

En todo caso, esta vez pensé que la reclusión sería breve, que el Gobierno haría algo para procurar mi más pronta liberación. Pero nada de eso ocurrió; a pesar de que un emisario del ministro Enrique Correa me visitó en la cárcel para anunciarme que su jefe le había sacado el compromiso al magistrado que representaba al Ejército dentro del tribunal castrense a objeto que se desistiera en esta causa. Lo que no aconteció porque estos magistrados, después de largas semanas, decidieron otorgarme la libertad condicional, con los votos de los otros integrantes de la Corte Marcial pero no del Ejército.

Al ver que se prolongaban los días privado de libertad, y al notar que mi caso era más bien desestimado por la política, decidí comunicarme telefónicamente con el director de *El Mercurio* quien prometió hacer algo por mí. Y así fue como mi tocayo Juan Pablo Illanes editorializó en su diario para repudiar mi detención, por lo que apenas en uno o dos días el tribunal castrense procedió a dejarme en libertad.

Siempre guardaré una enorme gratitud por el gesto de mi colega mercurial, al tiempo de comprobar en carne propia el enorme poder de este medio. Por cierto, muy por encima del que ostenta la clase política que entró a repartirse las altas funciones del Ejecutivo, el Parlamento y las numerosas dependencias de la administración pública.

Esta fue la última vez que estuve preso, pero la peor y más ingrata, si consideramos que el Poder Ejecutivo tenía nuevos actores y porque por primera vez sentí que muchos me hicieron, como se dice en Chile, el quite o el vacío. En efecto, las visitas disminuyeron considerablemente ahora y sentí que hasta a mi propia familia se le hacía una dura carga este nuevo proceso, cuando se suponía que los que habíamos luchado en contra de la Dictadura deberíamos haber sido destacados en un cuadro de honor o algo parecido.

No quiero para nada referirme a los largos trámites, escritos y alegatos judiciales que ocasionaron esta y otras cuatro detenciones anteriores. Solo quisiera consignar que mis excelentes abogados se prodigaron en brillantes defensas que lograron finalmente absolverme de las acusaciones. Lo cierto es que tuve el privilegio de contar con destacados juristas, a los que sumo la acción de Augusto, mi hermano mayor, y de mi cuñado Guillermo de la Jara.

No puedo dejar de expresar, en tal sentido, el honor que sentí al leer el contundente alegato de mi defensor Jorge Mera en un discurso cargado de elogios respecto de mi persona, en lo que fue considerado por muchos una enorme defensa jurídico-política. Texto que logró hasta ruborizarme por los méritos que me imputó, pero que se comprobaría fundamental para conseguir mi correspondiente absolución. Del mismo modo, debo consignar la diligente defensa y compañía que recibí siempre del abogado Nelson Caucoto, que no solo demostró ser un brillante defensor sino cumplir una abnegación y solidaridad a toda prueba para con su defendido. Ya dije que siempre fui un mal preso por la enorme angustia que me provocaban estas privaciones de libertad; pues bien, él estuvo siempre allí para darme consuelo e infundirme esperanza, en tiempos en que uno solo sabía el día que entraba a la cárcel, pero no cuando podría abandonarla.

En una oportunidad un tribunal me concedió la libertad condicional, lo que indignó al fiscal militar Fernando Torres Silva, siniestro esbirro del régimen castrense que debía dejarme en libertad *ipso facto*, pero que adrede se fue a almorzar largamente para dilatar el cumplimiento de dicha orden. Por ello, varias horas tuve que esperar para salir de la Fiscalía, en las que, por supuesto, estuve pacientemente acompañado por Nelson, quien, a pesar de sus múltiples ocupaciones, decidió permanecer a mi lado hasta cerciorarse de mi excarcelación. Allí valoré mucho lo que significa la amistad. Recuerdo que una de las crónicas que más me honra es la que le dediqué a este verdadero apóstol de los derechos humanos.

¡Fuerza, compañero!

A las 10 p. m. debía recluirme todos los días en la cárcel de la calle Lira. Muchas veces concurría acompañado de amigos y familiares e incluso de diversos extranjeros que venían a Chile y se interesaban por comprobar esta curiosa rutina de un periodista disidente que trabajaba de día, pero dormía por las noches en un penal.

Todo transcurría normalmente hasta que fui asaltado violentamente a la entrada de la cárcel por unos cuatro individuos que por su aspecto y violencia eran naturalmente agentes de la Dictadura. A viva fuerza fui introducido en un vehículo que se fue a toda velocidad sin darme explicación alguna y, lo más grave, sin notificar a los gendarmes que observaron estupefactos la situación, lo que obviamente comprobaba que no había orden de detención alguna para proceder de esta manera.

Fortuitamente, ese día acompañaban mi ingreso a la cárcel tres periodistas y camarógrafos de la televisión inglesa quienes me habían acompañado en toda una jornada que se iniciaba a las seis de la mañana y concluía en la noche.

Al observar ellos mi detención, rápidamente encendieron cámaras para registrar este acontecimiento que horas después se transmitiría en Europa y que, tras algunos meses, recibiera un premio en Londres por la oportunidad y calidad del trabajo de estos reporteros.

Raudamente, tal como pude observar, estos colegas británicos siguieron al automóvil que me llevó hasta un cuartel de

Investigaciones de Chile, lugar en que los policías acudieron prestos a mi encuentro para advertirme que los secuestradores nada tenían que ver con ellos, al tiempo que los conminaron a gritos y fuertes garabatos a retirarse de allí por otra puerta.

Por algunas horas quienes me seguían pensaron que estaría detenido dentro del cuartel de la policía civil, lo que fue desmentido cuando hasta allí llegaron abogados y periodistas para indagar sobre los motivos de mi detención. Mientras consultaban por mi paradero, lo cierto es que el vehículo que me llevaba tomó la Alameda Bernardo O´Higgins con dirección a la Estación Central, deteniéndose por algunos minutos para averiguar afuera del vehículo respecto de qué hacer conmigo. Habida cuenta de que las cámaras de la televisión seguramente registrarían sus caras y la violencia de su operación.

Entonces no existían los teléfonos celulares, de tal manera que la comunicación de estos se hacía por *walkie talkies,* después de lo cual me condujeron por Quilicura hacia Valparaíso, pasando por el lugar en que habían sido degollados tres militantes comunistas, en uno de los crímenes más espeluznantes de toda la Dictadura. Ciertamente temí, entonces, que yo podría sufrir la misma suerte de aquellos malogrados amigos, pero me tranquilizó el hecho de que los secuestradores iban escuchando la radio Cooperativa que ya daba cuenta del secuestro que se había consumado. Oportuna denuncia que, tal como muchas, lograba que los agentes de la DINA o la CNI tuvieran que desistir de sus fatídicas encomiendas.

En veloz traslado hacia la costa, los secuestradores me llevaron a un retén de Carabineros, instruyendo a los policías de esa comisaría de que debían encerrarme hasta recibir alguna orden oficial respecto de mí, sin perjuicio de inquirir conmigo de qué se trataba y concluir que mis secuestradores, por la forma con que procedieron, eran parte de los más siniestros agentes del Gobierno militar.

Allí pasé la noche hasta que en la madrugada los mismos carabineros me condujeran hasta la cárcel pública de Valparaíso, uno de los más precarios recintos carcelarios del país y que hoy se ha constituido en un centro cultural en vez de haber sido un sitio de memoria, por la gran cantidad de presos políticos que estuvieron largamente recluidos allí.

La instrucción que se les dio a los gendarmes fue que debía ingresar a la prisión en calidad de incomunicado, por lo que fui depositado en un cuarto sin que nada supiera de mis familiares y tampoco se me informara de cargo alguno en mi contra.

De nuevo debí permanecer en el suelo sin cobija alguna más que ropa que traía al momento de mi secuestro, hasta que al otro día fui conducido ante el fiscal naval de Valparaíso para enterarme por él de que no había recibido ninguna instrucción desde la capital y que tendría que seguir incomunicado. "Estoy muy extrañado", me decía, al momento de ofrecerme un café y advertirme que debía volver a la cárcel en la misma condición de aislamiento, aunque me alivió el hecho de que ya había estado con mi esposa y algunos abogados que se constituirían como mis defensores, como Laura Soto que destacara tanto en la defensa de los derechos humanos de la provincia porteña.

Al notificarme de ello, el amable fiscal naval me dijo que algo muy grave debía justificar mi detención, tanto que apenas accedió a que mis familiares ingresaran una colchoneta para poder tenderme en la celda que se le asignaba a los incomunicados. Con lo cual, nos dijo, ya estaba vulnerando una instrucción superior.

Finalmente quedé en "libre plática", con lo cual pude recibir visitas e informarme de lo que acontecía. El fiscal me leyó párrafos de un artículo en *Análisis* que, según él, ofendían severamente a la Armada nacional, por lo debía permanecer detenido, aunque descubrí que el artículo en cuestión no era mío ni se había

escrito bajo mi dirección periodística, debido a que estaba en esos días fuera del país.

Ello derivó, entonces, en que tuvieran que determinar mi libertad para proceder a encarcelar al periodista Iván Badilla y al director subrogante Fernando Paulsen, quien me reemplazara en el cargo. Con ambos alcancé a estar por solo una noche en la misma celda hacinada en que, como recuerdo, debíamos turnarnos en la mirilla de la puerta para poder respirar.

Ellos me relevaron imputándose toda la responsabilidad del artículo en cuestión a fin de aliviar de alguna forma mi pesado prontuario y retornar lo antes posible a la cárcel de la calle Lira, donde fui recibido con mucho afecto por mis compañeros y por los internos con quienes ya veníamos compartiendo por largos meses.

El tiempo nos ha convencido de que el proceso judicial en Valparaíso fue solo una estratagema de la Dictadura para soslayar el hecho de que yo había sido secuestrado para dar cumplimiento a una sentencia de muerte. La que no había podido ser ejecutada gracias a la afortunada presencia de los periodistas ingleses que observaron mi secuestro y rápidamente con sus imágenes provocaron el correspondiente escándalo internacional que me salvó.

Si se trataba de un nuevo requerimiento ante los tribunales militares, el Gobierno tenía la oportunidad de detenerme y conducirme a la Justicia, cumpliendo con los protocolos que corresponde. Esto es, retirándome de la cárcel después de ingresar e informar a los gendarmes del procedimiento que seguirían en mi contra.

En estas largas y angustiantes horas en que estuve incomunicado en la Cárcel de Valparaíso, sin sospechar por qué me habían llevado allí, sentí que desde el exterior circulaban personas que a su paso me acompañaban con un "fuerza, compañero", lo que me permitió pensar que ya se sabía quién estaba allí, por lo cual podía estar más confiado respecto de mi destino. Supuse que se trataba de presos que en su constante ir y venir a los juzgados

se propusieron darme aliento en esos momentos de tanta incertidumbre. Imaginé, por esa concertación de voces, que se habrían enterado por la radio de mi detención. Fue un acto que recuerdo con mucha emoción hasta el día de hoy, sobre todo al enterarme, al momento de dejar la cárcel, que estas voces no provenían de la población penal sino que se trataba de los cuatro o cinco gendarmes que tenían la custodia del establecimiento por la noche. De quienes tienen por misión oficiar de carceleros pero que también eran personas que tenían sus ideas bien puestas y por su experiencia fueron capaces de entender lo que sucedía en Chile y en los penales en que se confinaba a decenas o cientos de combatientes.

Chilenos de buen corazón que, de buena forma, desafiaban la incomunicación que se me había impuesto y ponían su dosis de riesgo en la lucha contra la opresión. Capaces de conmoverse y solidarizar con todos los perseguidos, hasta al grado de facilitar meses más tarde, como bien se sabe, la fuga de aquellos presos que lograron evadirse del penal escondiéndose por los cerros del Puerto para ser acogidos en las casas de los habitantes más pobres de los barrios que envuelven la ex cárcel pública.

Un hermoso recinto, pero del que, desgraciadamente, quedan muy pocos vestigios de lo que fue una de los presidios más hacinados del país. Y por donde pasaron muchísimos de los combatientes más radicales y heroicos.

Al visitar el lugar después de algunos años, pude observar que la oficina de la entrada en que se dispuso mi incomunicación estaba todavía en pie y se la señalé a mis hijos con quienes concurrí a "recoger parte de mis pasos", al decir del gran Gabriel García Márquez.

Creo muy justo dejar constancia del "acompañamiento" que siempre nos hicieron nuestros corresponsales y representantes en el exterior, quienes, literalmente, movían a medio mundo en solidaridad con los que caíamos presos. Entre estos a nuestro

colega y entrañable amigo Víctor de la Fuente, en Europa; Adrián Soto y Eila Belila en Escandinavia; Jorge Andrés Richards, en México; Angélica Gimpel, en Inglaterra; Nathalie Grumbach, en Francia; Anna Petersen, en Alemania; Beatriz Cardoso, en Brasil, entre muchos otros.

Huelga de hambre

También en mis detenciones surgieron situaciones que resultaron absurdas y hasta bochornosas. Detenido y procesado con el exdiputado Pedro Felipe Ramírez, por una entrevista suya en *Análisis*, decidimos a los pocos días someternos ambos a una huelga de hambre, como era algo tan recurrente entonces. De esta forma por 15 días decidimos no comer nada, salvo tomar agua, confiados en que nuestro acto pudiera influir en nuestra próxima liberación y llamar la atención de los chilenos y los extranjeros solidarios con nuestras luchas.

Para el éxito de nuestra protesta teníamos que dejarnos vigilar día y noche por los demás presos y los gendarmes, para que ellos pudieran constatar la verdad de nuestro testimonio y difundirlo hacia el exterior del penal, como era nuestra pretensión. Tratando también, por supuesto, que nuestros medios disidentes consignaran nuestro voluntario ayuno.

Sin embargo, los días pasaron sin pena ni gloria, sin causar impacto alguno más allá de lo que en nuestros propios organismos se comenzaba a manifestar. Se trataba, sin duda, de una acción de la cual había muchas otras expresiones confiables o, incluso, dudosas y que, por supuesto, no conmovían en lo más mínimo a los agentes de la dictadura, como a sus jueces abyectos.

La verdad es que pasamos realmente hambre y tuvimos que armarnos de valor para no tocar bocado entre las ofertas que los mismos presos nos hacían. La experiencia nos señaló, en todo caso, que los primeros días de privación son duros, pero que des-

pués todo se hace más llevadero. En síntesis: un acto fallido sin resultado alguno, más allá de los dos kilos que logré bajar en mérito de mi físico y salud. Sin que nadie, por lo demás, se diera mucha cuenta de ello.

A la altura de nuestra detención, la verdad es que las huelgas de hambre estaban bastante desacreditadas en la lucha contra la Dictadura. Además, en su desparpajo, había partidarios del régimen que esperaban vivamente que los huelguistas murieran de inanición antes que gastar balas o destinar recursos para su mantención carcelaria.

La "estupidez" humana

Vaya esta crónica final sobre todo como autocrítica. El periodismo nos lleva a interesarnos por todo lo que ocurre en nuestros países, en el mundo y también en el enorme espacio, pero no hay duda de que nuestros medios de comunicación, tan concentrados en la política, poca atención le dedicamos a los temas de la ciencia como del fenómeno humano. Desconozco qué porción de los seres inteligentes en el mundo tienen verdadera conciencia de la magnitud de lo que existe más allá de nosotros y de lo cual solo podemos tener una dimensión muy acotada al observar el cielo estrellado. Sin embargo, escuchamos a mucha gente que asegura haber visto ovnis o incluso alienígenas, y que confía en que alguna vez podremos encontrarnos con ellos. Sin asumir que el planeta que pudiera compartir nuestras características está a cientos de años luz de la Tierra. Aunque, en todo caso, los científicos nos aclaran que la vida en aquellos lares podría expresarse solo en pequeñas algas o bacterias que en nada auguran la posibilidad de existencia de seres como nosotros, los humanos.

De esta forma, todo indica, hasta aquí, que estamos muy, muy demasiado solos en el espacio. Más allá del alcance de nuestros telescopios, llegar a Júpiter, Neptuno y Saturno, por ejemplo, demoraría decenas de años luz, esto es a una velocidad de 300 mil kilómetros por segundo sin que avizoremos todavía cómo podríamos alcanzar o superar esta colosal rapidez, dado que el planeta Marte está en su distancia más cercana a 55 millones de kilómetros. Ciertamente, no hay vida humana que pudiera vivir esta experiencia. Ni qué hablar de

las galaxias o estrellas que están fuera de nuestro sistema solar. Por lo demás, los astrónomos nos dicen que muchas de las estrellas que observamos es posible que ya ni existan, que se hayan extinguido o estallado, como que la luz que nos llega por las noches viaja hasta nosotros desde cientos o miles de años atrás. Algo demasiado asombroso, realmente.

Tiempo y espacios siderales. La Tierra en que vivimos existe desde hace más de 4 mil 500 millones de años y hace 600 millones ya se había conformado el oxígeno. Toda la vida que conocemos surgió en nuestro planeta, donde actualmente se han identificado más de 20 mil tipos de bacterias, 150 mil especies de hongos, 73 mil especies de árboles y más de un millón de insectos. Además del *homo sapiens*, desde hace 300 mil años. Entre paréntesis, la ciencia ubica nuestro origen en el África, señalándonos que todos somos iguales.

Solo de la estrella Vega (una de las más cercanas) estamos a 25 años luz, si pudiéramos recorrer esta distancia a 300 mil kilómetros por segundo y si alguna vida pudiera extenderse por tanto tiempo. Sin embargo, todo puede ser, pero lo concreto es que estamos solos, terriblemente acotados a nuestro espacio y tiempo de vida. Más allá de los límites de lo que sabemos que existe, tal parece que esta realidad tiene bordes que nunca podrán traspasar los seres humanos, aunque nos movilicemos a la velocidad de la luz.

Estas dimensiones son las que nos demuestran la enorme insensatez humana. Obligados a vivir todos juntos no hemos sido capaces de hacerlo en sana convivencia. Las guerras matan más vidas que los cataclismos naturales. En el último siglo, al menos cien millones de seres humanos han perdido su vida en los campos de batalla, y todo indica que después de las horrendas guerras mundiales se avecinan otras más, con el agravante del potencial uso de las bombas nucleares que podrían hacer pedazos el planeta y extinguir todas sus formas de vida. En estos últimos días, hay países que aseguran que los incendios forestales son ahora

una intencional arma de guerra acometida por quienes no tienen bombas nucleares. En Chile, bien sabemos, esto es una realidad, ya que se ha detenido a varios autores de los siniestros ocurridos en los cerros de Valparaíso o de la Araucanía.

Observamos que entre los que tienen conciencia de la inmensidad de este espacio sembrado de cientos de miles de estrellas, galaxias y planetas se manifiestan dos explicaciones posibles. O todo surgió espontáneamente de la nada o todo fue creado por una inteligencia superior y anterior. Aunque en general se acepta que, desde allí, todo es producto de una evolución de miles y miles de años luz de trayectoria.

Sin embargo, todo lo que existe, incluido lo que todavía no descubrimos, parece obedecer a leyes precisas que regulan el movimiento y la traslación por el espacio de todo lo existente. De esta manera, también el microcosmos que visualizamos con los microscopios obedece a las mismas leyes que rigen el universo, lo que parece haber sido definido por una inteligencia superior. La comunidad científica está dividida entre los que creen en la existencia de Dios y los que no aceptan un rector superior de todo lo que existe. Con el paso del tiempo, ningún científico serio se atrevería a negar de plano la existencia de un creador. Prevalecerán las dudas al respecto.

En su genialidad, Einstein nos dice que "hay dos cosas infinitas: el universo y la estupidez humana. Y aún no estoy seguro completamente del universo…". Y vaya que tiene razón si se observa nuestra historia, cuando cualquiera sea lo que creemos, la mayor certeza hasta aquí es que estamos solos y ante esta terrible soledad debiéramos estar unidos y no destruirnos entre nosotros. Más aún cuando lo que ya se reconoce universalmente es nuestra condición de seres humanos, dotados de los mismos genes, seamos blancos, negros o amarillos. Lo que, sin embargo, es una certeza reciente, porque hasta el siglo pasado había quienes le negaban la inteligencia, el alma o su condición de ¿hijos de

Dios? a los indígenas y a los pueblos que sometían las potencias europeas. Teoría que se prolonga en la actualidad con la negación de los derechos de los inmigrantes y hasta hace muy poco los de las mujeres, los homosexuales y otros.

Conversando años atrás con un grupo de astrónomos de la Universidad de Chile, en una visita periodística que hicimos a esos enormes telescopios instalados en el desierto de Atacama, todos admitieron que en su cotidiana observación del universo no habían constatado nunca nada que pudiera señalarnos vida, ni menos vida inteligente más allá de nuestro peculiar planeta. Reconociendo que, con todos los avances científicos y tecnológicos, todavía era demasiado poco el alcance del ser humano en el espacio. Con lo que el dilema de la existencia de Dios continuará siendo un asunto de fe o esperanza. Y tema del periodismo.

En nuestra cósmica soledad, todavía se hace más urgente que los medios de comunicación se propongan unir a los seres humanos, oponiéndose a los incordios y contribuyendo a la paz y unidad de los pueblos. Aunque, desgraciadamente, hayan vuelto a proliferar en estos días las guerras, los genocidios y la segregación social. ¡Cuánta tarea tenemos por delante!

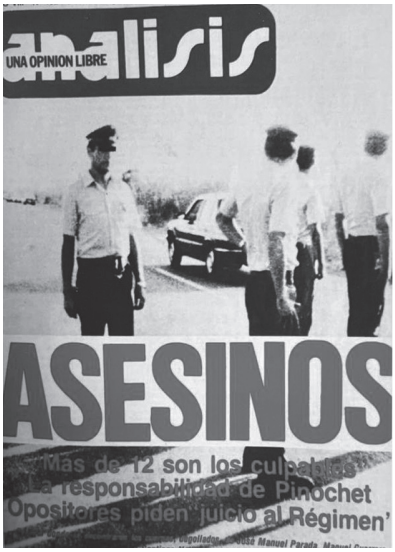
Al concluir estas crónicas desordenadas quiero reproducir esa sentencia del destacado periodista colombiano Tomás Eloy Martínez:

"El periodismo requiere una voluntad de testigo acucioso, incorruptible, apasionado por la verdad. No es un simple medio de vida. Es una manera de vivir la vida".

Anexo fotográfico

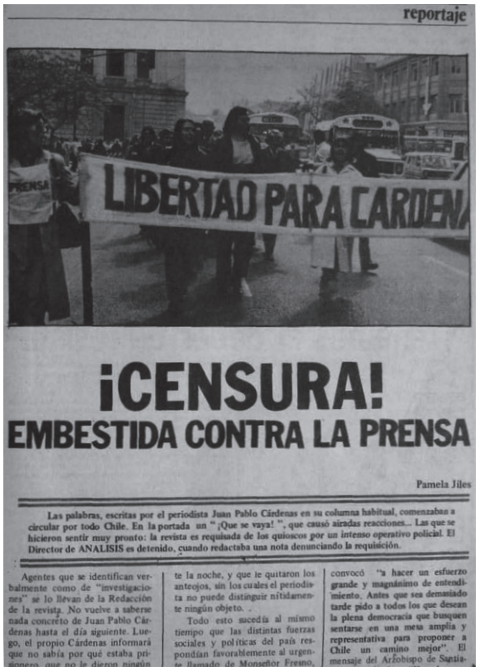
ADVERTENCIAS Y AMENAZAS MILITARES:
«Golpe a Golpe, verso a verso»
CON ESTA EDICION
SED
analisis
FISCALIA NAVAL CONTRA ANALISIS:
Nuevo ataque a prensa libre
Director Juan Pablo Cárdenas y periodista Iván Badilla detenidos en Valparaíso por informar sobre compra de armamentos por parte de la Armada.
ACUERDO ECONOMICO OPOSITOR:
21 Medidas para Armar

La política después de los arsenales
analisis
EXCLUSIVO
ASESINATOS EN ESTADO DE SITIO
Habla miembro del Comando "11"
8-SEP.86
PEPE
VIVIRÁS PARA SIEMPRE
VISITA DE JUAN PABLO II
"Que no se oculte el país real"


analisis
UNA OPINION LIBRE
ASESINOS
"Más de 12 son los culpables"
La responsabilidad de Pinochet
Opositores piden "juicio al Régimen"

analisis
revista patrocinada por la academia de humanismo cristiano
CHILE
QUIERE
DEMOCRACIA

Gabriel García Márquez y Juan Pablo Cárdenas.



reportaje

LIBERTAD PARA CARDENA

¡CENSURA!
EMBESTIDA CONTRA LA PRENSA

Pamela Jiles

Las palabras, escritas por el periodista Juan Pablo Cárdenas en su columna habitual, comenzaban a circular por todo Chile. En la portada un "¡Que se vaya!", que causó airadas reacciones... Las que se hicieron sentir muy pronto: la revista es requisada de los quioscos por un intenso operativo policial. El Director de ANALISIS es detenido, cuando redactaba una nota denunciando la requisición.

Agentes que se identifican verbalmente como de "investigaciones" se lo llevan de la Redacción de la revista. No vuelve a saberse nada concreto de Juan Pablo Cárdenas hasta el día siguiente. Luego, el propio Cárdenas informará que no sabía por qué estaba prisionero, que no le dieron ningún

te la noche, y que le quitaron los anteojos, sin los cuales el periodista no puede distinguir nítidamente ningún objeto.

Todo esto sucedía al mismo tiempo que las distintas fuerzas sociales y políticas del país respondían favorablemente al urgente llamado de Monseñor Fresno,

convocó "a hacer un esfuerzo grande y magnánimo de entendimiento. Antes que sea demasiado tarde pido a todos los que desean la plena democracia que busquen sentarse en una mesa amplia y representativa para proponer a Chile un camino mejor". El mensaje del Arzobispo de Santia-

El líder sindical Clotario Blest y Juan Pablo Cárdenas.

Juan Pablo Cárdenas junto a sus compañeros de la reclusión nocturna.

El equipo de *Análisis* en la puerta de la Revista.

Pamela Jiles y Marcia Scantlebury en el velorio de Jécar Nehgme.

El Pepe Carrasco con su máquina de escribir.

SilviaVera y Juan Pablo Cárdenas tras el asesinato del Pepe.

Memoriales en el lugar donde fue asesinado José Carrasco Tapia.

Misa de funeral de José Manuel Parada Maluenda.

Manifestaciones contra la tortura y por la libertad de expresión.

Parte del equipo de *Análisis* en los funerales del Pepe Carrasco.

Fernando Paulsen y Silvia Vera en las exequias de Pepe Carrasco.

Varios periodistas de la Revista en los Tribunales de Justicia.

Patricio Polanco, Fernando Paulsen y Patricia Collyer.

Parte de los que estuvieron en el encuentro de El Tambo.

Las periodistas Juanita Rojas y María Eugenia Camus.